

LABORATORIO TRANSMEDIA

Núm 8 | 2025

MENTES DE UN ROSTRO CÍCLICO

RELATOS DE LO NO VISTO



VV.AA



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

Mentes de un rostro cíclico

Relatos de lo no visto

Colección Laboratorio Transmedia
Núm. 8

Manuel Albaladejo · Samuel Arguedas · Luis Daniel
Borrego · Lucía Cabras · Lucía Cruz · Alba Díaz-
Caneja · Gleimar Di Emidio · Nicolás Fernández · Mar
García · Paolo Denis García · Alba Lahuerta · Emma
López · Sara Martín · Leandro Rejas · Érika
Ruiz · Svetkova

Coordinación: Manuel Broullón

Colección Laboratorio Transmedia

Número 8

ISSN: 2794-0861

© De los/as autores/as de los textos (2025)

Coordinación: Manuel Broullón

Relación de autores/as de las imágenes que acompañan a los textos: «Muñeca de plastilina», por Nicolás Fernández; «El hombre perfecto», por Lucía Cruz; «A plena luz», por David Rodríguez; «El arte del silencio», por Lucía Peláez; «Flores», por Daniela Jiménez; «La grieta», por Lucía Cruz; «La mató la ruina», por Daniela Jiménez; «La voz de la casa», por Alejandra Le Breton; «Mi tío Antonio», por Nicolás Fernández; «Parálisis», por Claudia Goya; «Caracol», por David Rodríguez; «El bosque de rostros», por Alejandra Le Breton; «Hambre de piel», por Claudia Goya; «Un sabor inolvidable» por Lucía Peláez. Imágenes de cubierta y contracubierta: Lucía Cruz

Edición: Gleimar di Emidio, Érika Ruiz, Sara Martín, Alba Campos, Carlota Díaz, Carla Corcobado, Adriana Junquera, Mar García, Emma López, Alba Díaz-Caneja

Maquetación: Alba Lahuerta

Book-trailer y cortometraje: Arancha Guerrero y Svetkova

Promoción y redes: Sergio Leandro Rejas

Musicalización: Lucía Cabras y Serena Ramírez

Entidad editora: Laboratorio Transmedia

Universidad Complutense de Madrid

(Proyecto de innovación docente UCM63)

Lugar de edición: Madrid (España)

Facultad de Ciencias de la Información

Avda. Complutense, núm. 3, 28040

<https://www.ucm.es/transmedialab/>



Licencia Creative Commons 2.0

Reconocimiento–NoComercial–SinObraDerivada

CC BY-NC-ND

Usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.
- No Comercial: No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- Sin Obra Derivada: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

Índice

Nota editorial. Palabras para el próximo centenario MANUEL BROULLÓN.....	11
---	----

Mentes de un rostro cíclico. Relatos de lo no visto

La grieta ALBA LAHUERTA GONZÁLEZ.....	19
La voz de la casa PAOLO DENIS GARCÍA FRATICELLI.....	23
Caracol SARA MARTÍN YUGUEROS.....	27
Mi tío Antonio SVETKOVA.....	31
Flores EMMA LÓPEZ HERRERO.....	35
Un sabor inolvidable SAMUEL ARGUEDAS.....	39
Recarga plic, plac, plic, ploc; así es el conato NICOLÁS FERNÁNDEZ.....	43
El bosque de rostros LUIS DANIEL BORREGO LÓPEZ.....	45

El hombre perfecto LUCÍA CRUZ DA-CUNHA.....	47
A plena luz MAR GARCÍA LÓPEZ.....	51
Parálisis GLEIMAR DI EMIDIO.....	57
La mató la ruina ÉRIKA RUIZ ESPINO.....	61
Cambian durante el día LEANDRO REJAS.....	65
Hambre de piel MANUEL ALBALADEJO VEGARA.....	75
El arte del silencio LUCÍA CABRAS LEÓN.....	79
Muñeca de plastilina ALBA DÍAZ-CANEJA LÓPEZ.....	85
BIOGRAFÍAS DE AUTORES/AS.....	91

Nota editorial.

Palabras para el próximo centenario

En una carta del 4 al 5 de agosto de 1920, Franz Kafka le escribió a Milena Jesenská: «Eso duele un poco, pero si se es capaz de escribir tan detalladamente sobre ello, no puede ser nada tan grave. Al final abre uno de nuevo otros pasillos, viejo topo que es uno».

Escribir conlleva correr ese riesgo: confrontarnos directamente con quienes somos, los miedos, los deseos, las ilusiones, todo lo que no tiene nombre, acaso porque nunca se lo habíamos dado y, ahora, gracias a la literatura, encuentra su orden o provoca un desorden. Como el topo, ciego pero sintiente, lo nunca antes visto de «El maestro rural» de Kafka, en la escritura, como en la vida, las cosas difíciles son siempre las más interesantes.

La escritura produce desorden, adentro y afuera. Escribir ficción puede refutar aquello que creíamos cierto o seguro, proyecta otras realidades posibles, desarticula las jerarquías, cuestiona lo que cada cosa, o a cada quién, podría llegar a ser. De ahí el tránsito de lo bello a lo siniestro y lo sublime, como explicó Eugenio Triás leyendo —leer siempre es releer— al pseudo Longino.

De ahí, tal vez, también, la buena fortuna que ha acompañado al género fantástico, gran río revuelto y mezcla de variados afluentes: lo mágico, lo maravilloso, el terror... Y, de nuevo, la realidad. Porque la realidad siempre vuelve, por mucho que pretendamos darle la espalda y vivir «a puerta cerrada», como los personajes de Jean-Paul Sartre. Incluso si nos encerramos, la realidad nos asedia desde fuera, igual que en «Casa tomada» de Julio Cortázar. Cuando escribimos, partimos siempre de un lugar. De «un cuarto propio», como lo llamó Virginia Woolf. Sería admonición: ¿quiénes pueden contar con un espacio personal desde el que inventar, soñar, pensar, negociar con sus fantasmas por mucho que duela? ¿No es un

privilegio cultural, económico, material, disponer de tiempo y de espacio para la contemplación del ocio, que, como nos enseñaron Platón, Aristóteles y Epicuro, es el modo privilegiado para llegar hasta la verdad?

Pensar duele. Escribir es afrontar lo que duele, lo que molesta, lo que urge. Hace algún tiempo, una colega me reprochó que se sentía «compungida» por una antología de relato policial que había publicado un grupo de estudiantes sobresalientes. Claro, la violencia existe. Existe y es incómoda. Lo que regresa en forma de literatura puede ser molesto. ¿Mejor no afrontarlo? ¿Fingir y seguir padeciendo en silencio? Ya lo sabemos: lo que no se nombra, no existe. Pero podemos gritar. A veces, solo necesitamos gritar, aunque el grito no sea una palabra con significado preciso, pero sí con sentido. Con mucho sentido.

Kafka, en su carta a Milena, nos recuerda que «...si se es capaz de escribir tan detalladamente sobre ello, no puede ser nada tan grave». Entonces ya no es solo un grito ininteligible, ni hay lugar para moralismos maniqueos, reduccionistas, ni para la autocomplacencia del «yo» por encima de todas las cosas. La última crítica literaria nos ha mostrado que Kafka, judío heterodoxo, desarraigado, sometido a los ritmos y dinámicas de la explotación del capital y del patriarcado, checo que escribió en alemán, mitad topo mitad tinta, fue un absoluto maestro en escribir y describir monstruos, fantasmas y terrores como si fueran cosas de andar por casa, miradas directamente, sin gravedad ni exceso, hasta con una sonrisa pensativa, aunque aquellas bestias de la sinrazón amenacen la comodidad de lo que es «de la casa» —siguiendo la terminología freudiana de *heimlich* y *unheimlich*—.

En 2024 se cumplieron cien años de la muerte del célebre escritor Franz Kafka. En el curso 2024/2025, en la asignatura «Literatura y medios de comunicación» de segundo curso de grado en comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid, el profesor Elios Mendieta y yo quisimos rendirle un homenaje a través de un seminario

brillantemente coordinado por la profesora Cora Requena y de un monográfico de lecturas sobre lo fantástico que combinó lo viejo y lo nuevo, los mundos personalísimos de Kafka con las estéticas actuales —y no menos proteicas— del cine de animación y del documental, o del gótico andino latinoamericano, como lo ha denominado la escritura ecuatoriana, también migrante, María Fernanda Ampuero, en su libro *Visceral*, cuya lectura nos señaló, siempre generoso, el profesor Juan Manuel Díaz Ayuga. Porque de este mundo no podemos caernos, pero sí podemos desordenar las violencias con las que se nos presenta, y las violencias que somos, a través de la escritura.

Los/as/es estudiantes de comunicación audiovisual, también ellxs, plurales y diversxs, no sólo han estudiado narrativa a través del legado monumental de lo fantástico, sino que se han mirado adentro y alrededor, escribiendo, dibujando, filmando, musicalizando... todo lo que toma forma en este libro, que es suyo, porque ellxs lo hicieron, porque lo que no se da, se pierde. A ellas, ellos, ellos, les doy las gracias por el tiempo compartido y les auguro un buen proseguimiento en el camino de la vida y de la creatividad.

Dentro de cien años, ¿quién se acordará de nosotrxs? Aunque probablemente ya no habrá ni testigos ni planeta para recordarnos, y así estará bien igual, el libro queda escrito, editado, publicado. Las palabras, los dibujos, las músicas, las imágenes en movimiento, las ideas, al fin, quedan disponibles para aquello para lo que fueron creadas: para la comunicación. Para que al escribir o leer sobre ello, ya nada sea tan grave. Sólo será literatura, sólo será vida compartida. Y ya es mucho.

En Madrid, a 7 de enero de 2025.

MANUEL BROULLÓN

MENTES DE UN ROSTRO CÍCLICO.
RELATOS DE LO NO VISTO

La grieta

ALBA LAHUERTA GONZÁLEZ

La noté por primera vez mientras preparaba el desayuno. Era una grieta pequeña, apenas una fisura en la pared de la cocina, cerca de la puerta. No le di importancia. Pensaba que esas cosas sucedían con el tiempo, las casas envejecían y aparecían grietas, ¿no? Sin embargo, al día siguiente, la grieta ya no era tan pequeña.

Había crecido. Ya no era una simple línea delgada; ahora se extendía hacia el suelo, oscura y profunda. Me incliné para mirarla de cerca, pero no podía ver el fondo. ¿Cómo podía una grieta crecer así de rápido? Traté de ignorarla. Pintaríamos la pared, me decía, y todo estaría bien. No mencioné nada a Diego, no quería que se preocupara por algo tan banal.

Pero al tercer día, la grieta alcanzaba el techo. Se expandió en ángulos extraños, formando un patrón que parecía casi intencionado, como si alguien hubiera trazado esos caminos. Sentía un escalofrío cada vez que la miraba. Cuando me acercaba, tenía la sensación de que había algo moviéndose dentro de ella, en su oscuridad profunda. Sombras, o quizás... No lo sé. Era absurdo, lo sabía, pero no podía dejar de pensar en lo que podía estar al otro lado.

Intentaba seguir con mi vida, como si nada pasara. Diego no decía nada y yo esperaba a que también la viera, que la comentara en algún momento. Pero nada. Parecía no darse cuenta. Para entonces, la grieta ya atravesaba toda la casa, como una telaraña. Yo la veía en cada rincón, pero él ni siquiera la mencionaba.

Una noche, mientras cenábamos, no pude más. Las palabras se me escaparon solas.

—¿No la ves? —le dije, señalando la grieta que ahora rodeaba el comedor.

Diego levantó la vista, pero no miraba la grieta, me miraba a mí. Su expresión era vacía, como si no me comprendiera.

—¿Ver qué? —preguntó.



Mi corazón se aceleraba. ¿Me estaba volviendo loca? La grieta estaba ahí, justo frente a nosotros. No entendía cómo él no la veía. Me levanté de golpe y me acerqué a la pared, quise tocarla para demostrarle que no era imaginación. Pero cuando puse la mano sobre ella, la atravesó.

Mi mano cruzaba la pared como si nada. No había ladrillos, ni polvo, ni ningún tipo de estructura detrás. Solo un vacío helado. Y, en ese vacío, algo me observaba. No podía verlo, pero lo sentía, algo estaba esperando al otro lado. Saqué la mano de inmediato, aterrada, pero el frío de ese lugar ya se me había quedado impregnado en la piel.

Esa noche no pude dormir. Daba vueltas en la cama, sintiendo que la grieta estaba viva, que crecía y avanzaba, siempre acercándose un poco más. Cuando miraba al suelo, ahí estaba, justo al borde de la cama, como si esperara a que bajara los pies. Diego, por su parte, dormía profundamente, ajeno a todo. Yo no entendía cómo podía no notar lo que ocurría.

Me levanté en la oscuridad impulsada por una fuerza que no sabría explicar. La grieta, lo sabía, me llamaba. Me guiaba de alguna manera. Caminé en silencio hacia la cocina, donde todo había comenzado. Frente a mí, la grieta se había expandido, devorando la pared por completo. Era un abismo negro, infinito.

Sentía que algo en mi interior me susurraba, que solo había una forma de detenerlo.

Metí los brazos en la grieta y el frío me envolvió de inmediato. Algo me tiraba desde adentro, un vacío que me arrastraba. Cerré los ojos y me dejé llevar.

Desaparecí.

Por la mañana, Diego se levantaba, preparaba café y volvía a la cocina. Todo estaba en su lugar, igual que siempre. La grieta, por supuesto, no estaba. Yo tampoco, pero él no notaba mi ausencia.

Siguió con su día a día como si nada hubiera cambiado, sin darse cuenta de que algo, en lo profundo de la pared, le estaba mirando.

La voz de la casa

PAOLO DENIS GARCÍA FRATICELLI

No recuerdo qué estaba haciendo. Desde hacía varios minutos, había fijado la mirada en un punto aleatorio de la habitación, mientras imaginaba situaciones que, probablemente, no ocurrirán jamás. Entonces me acordé, estaba escribiendo el último informe del día. El reloj daba las diez y media. Llevaba desde el mediodía sentada, tecleando con el ruido de fondo de diversos electrodomésticos.

Esa había sido mi rutina durante los últimos años. Normalmente, solo interactuaba con mi novio, Juan. Al principio, vivíamos nuestro sueño de enamorados, pero la relación se fue muriendo. Apenas nos dirigíamos la palabra dos o tres veces al día. No era del todo culpa nuestra, pues ambos trabajábamos desde casa y era inevitable estar pegados a la pantalla el día entero. Yo no podía permitir que aquello siguiera así. Por lo que me levanté y caminé hasta la habitación donde Juan había montado una oficina meses atrás.

—Juan, amor. Mañana no desayunes fuerte, que pienso cocinar una buena lasaña. Así comemos juntos.

Él tan solo asintió con la cabeza y volvió a fijar la mirada en aquel rectángulo brillante. Al salir de la habitación, me pareció que el ruido blanco de los electrodomésticos se había intensificado. Serán imaginaciones mías.

A la mañana siguiente, me puse a cocinar, sacrificando así toda la tarde y la noche, pues me tocaría recuperar el turno perdido. El ruido siguió intensificándose, hasta el punto de que me parecía escuchar susurros. Decidí no prestarle atención. Las horas pasaron volando y llegó el momento de comer. Intenté entablar conversaciones con Juan, pero él se limitó a responder sí o no, o a asentir con la cabeza. Terminó antes que yo y volvió a su oficina. La verdad es que no pude evitar sentirme mal y decidí que aquella tarde la dedicaría a pintar, aquel antiguo *hobbie* que había abandonado hacía años.



Busqué un folio y un lápiz, y eso hice, dibujar. Había perdido bastantes facultades, pero eso no me iba a desanimar. De repente, fui consciente de que los susurros eran claros y repetían algo. Entonces escuché atentamente. No podía ser, era imposible. Se escuchaba mi nombre. Los electrodomésticos de mi casa estaban repitiendo la palabra «Clara».

Me levanté de golpe del sillón y corrí aterrada hacia la oficina. Juan no estaba ahí. Igual había salido, pero me pareció muy extraño. Saqué el móvil para intentar localizarlo. Acto seguido, las luces empezaron a parpadear y mi nombre ya resonaba gritado.

Las manos me temblaban mientras, con el teléfono, llamaba a Juan. Entonces, una voz me notificó que el móvil al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. De improviso, se empezaron a distinguir sonidos de pisadas. Provenían del salón. Cogí la lámpara de la mesa para defenderme. Me armé de valor y salí al pasillo.

Según avanzaba, notaba cómo se deslizaban por mi frente gotas de sudor. No había parte de mi cuerpo que no estuviera temblando. Al asomarme por la puerta del salón, ví en la esquina una especie de figura. Parecía humana, pero no lo era. Estaba compuesta por cables, pantallas y oscuridad. Le grité de todo, espantada. Pero no se movió, permaneció allí, quieta. Pasaron los minutos y, al ver que no hacía nada, decidí escapar por la puerta. Pero, para mi sorpresa, estaba cerrada con llave y no podía abrirla. El ruido era ensordecedor. La figura tenía los ojos rojos y sus luces parpadeaban rápidamente.

Me señaló el escritorio donde suelo trabajar. Quería que fuese hacia allá. Me acerqué y me senté. Los ruidos se atenuaron, las luces ya no parpadeaban y la figura permaneció inmóvil, tranquila. Es verdad, tenía que terminar los informes de hoy.

Caracol

SARA MARTÍN YUGUEROS

Las gotas caían sobre mi cabeza de manera constante. El paraguas, todo roto e inservible, me miraba desde abajo, como con decepción. A pesar de las incesantes chispas de agua que dejaban mi ropa y pelo calados, no tenía necesidad de correr. Nada hacía que tuviera prisa. Nada urgente me esperaba. Giré la esquina de la calle Maquiavelo, un nombre poco común para una calle. Mientras subía las escaleras, un rastro de agua iba cobrando forma sobre la maqueta del portal. Como siempre, abrí la puerta y ese chirrido del infierno sonó como de costumbre. Me volvía loca.

Dejé las bolsas en la cocina y algo llamó mi atención en el alféizar de la ventana. Un pequeño caracol se encontraba como tomando el sol, algo contradictorio con el clima en el que nos encontrábamos. No me pregunté cómo podría haber llegado hasta el cuarto piso del edificio. Olvidé el pequeño molusco y dirigí todo mi esfuerzo mental y físico a realizar mi actividad favorita: dormir.

Al día siguiente, desperté con un extraño pero horrible malestar. Caminé hacia la cocina y preparé mi cacao mañanero: mi padre decía que era algo infantil y que debería empezar a tomar algo más «maduro», como un café. Yo, sinceramente, prefería ceder esa bebida amarga a los oficinistas que trabajan en aquellos edificios infinitos de la ciudad. Dejé caer mi cuerpo sobre el sillón y alargué el brazo, dirigiéndolo al mando a distancia. Sin embargo, un pequeño animal detuvo mi propósito. Cómo podía haber llegado ahí era algo que no lograba comprender. Cogí una de las revistas abandonadas del revistero y lo empujé con un bolígrafo hacia ella. El animal, con su característico movimiento lento, logró ponerse encima. Lo llevé y dejé en el lugar donde lo había encontrado la noche anterior. Me aseguré de cerrar bien la ventana. Regresé al salón con la intención de seguir con mi dura tarea mañanera: ver la primera película de romance que se me cruzase en Netflix. Mi cara debió ser un cuadro cuando, al cruzar la puerta, vi de nuevo a ese pequeño gusano con concha sobre mi sillón,

dejando un rastro de baba a su paso. Era el mismo, lo sabía por la característica mancha que llevaba en la concha, demasiado similar al dibujo de la Comunidad de Madrid. Era imposible, acababa de llevarlo afuera. Mi constante pensamiento empático me hizo congeniar con el caracol y decidí que llevarlo al parque de enfrente sería lo mejor para su supervivencia. Lo guardé en un táper que me dio mi madre con lentejas, cuyos restos seguían en él, tengo que decir, y me vestí con lo primero que pillé en el armario.

Las gotas seguían cayendo de manera menos constante. Elegí un arbusto frondoso y abrí la tapa dejando salir al animalillo. Sin embargo, no se movía. Yo no quería tocarlo porque eso podría hacerle daño, así que le di la vuelta al envase y cayó a la húmeda tierra. No sé muy bien por qué, sonreí al pequeño bicho y le susurré: «adiós».

Abrí la puerta de casa y me puse mi uniforme: el pijama. Un crujido resonó en el silencio de la solitaria estancia. Me quedé paralizada. No quería levantar el pie, sabía muy bien lo que iba a haber debajo. Pegados a mi zapatilla se encontraban restos de baba y concha destruida en pedacitos. Un crujido volvió a resonar, simbólico, esta vez, de mi corazón. El sentimiento de culpa se comió el miedo y la confusión de no saber cómo el bicho había vuelto al apartamento.

Con un trozo de papel, envolví los restos del animal y me dirigí al baño. Un remolino de agua lo hizo desaparecer. Cerré la tapa del inodoro.

El grito debió de oírlo hasta la vecina del octavo. Un pequeño molusco con una mancha parecida a Madrid en su concha paseaba por la blanca superficie como si sus restos no se acabaran de ir girando hacia las alcantarillas. Sentía el corazón bombeando dentro del pecho como si acabase de ver un fantasma. ¿Lo había visto?

Me tambaleé hasta sentarme en el bidé y me detuve a pensar. Recordé una pregunta que hizo un amigo en un bar una noche, hacía unos años: «si os diesen cien millones de euros, pero la condición fuera que un caracol os persiguiera toda la vida, y si os toca, morís, ¿aceptaríais?». Recuerdo que mi respuesta fue que sí, sin dudar. ¿Cómo iba a alcanzarme un caracol? Pues bien, ¿y si

este era el caracol? ¿Tenía cien millones de euros en mi cuenta del banco? Para salir de dudas, alargué mi mano y, con el dedo índice, acaricié la concha del caracol, justo sobre la mancha. Nada ocurrió, por lo que descarté revisar la cuenta del banco.



Mi tío Antonio

SVETKOVA

Hace diez años, cuando me mudé a este piso, solía despertarme por las mañanas con el canto melódico de los pájaros. Pero un día, sus voces fueron desplazadas por el crujido caótico de los loros verdes, invasivo e irritante.

Desde entonces, cada mañana me escondo bajo la almohada, la aprieto contra la oreja, tratando de robar unos cuantos minutos más de sueño. El canto de los loros, amortiguado por el almohadón, suena familiares. Como una llamada telefónica. O el timbre de la puerta. O ambos.

Me despierto. Ya son las diez. El teléfono y el timbre están, de hecho, sonando a la vez. Salto de la cama cogiendo el teléfono mientras me dirijo hacia la puerta.

«Lo siento», digo al móvil, «voy a llegar tarde. Las tuberías del edificio se han roto.»

—¿Quién es? —Abro la puerta. Hay un hombre mayor con un bastón-paraguas. Lleva puesto un abrigo verdoso con manchas oscuras. Un pequeño charco se está formando a sus pies. ¿Acaso está lloviendo?

—Soy tu tío Antonio.

—No tengo tíos. ¿Qué quiere? —Me doy la vuelta para cerrar, pero el señor logra poner su bastón en medio.

—Soy tu tío Antonio.

—Le vuelvo a repetir que no tengo tíos. Nunca he tenido... —Recuerdo que llevo el teléfono en la mano—. Estaré allí pronto —digo antes de colgar.

—Sí, sí. Soy ese tío al que enterraste para la empresa cuando fuiste a ver la final de copa a Bilbao. Por segunda vez, debo añadir. Por lo menos, aquella fue una muerte por atropello, rápida y casi sin dolor. No fue como aquella vez en la universidad, cuando padecía de cáncer durante el segundo, el tercer y el cuarto año.

Debe ser una broma y yo no tengo tiempo para eso.

—¿Está lloviendo? —le pregunto al anciano mientras abro el armario de al lado.



—No, no es eso. Se ha roto la tubería y ha inundado las escaleras.

Miro al señor.

—¿La tubería del edificio? ¿La misma que acabo de decir por teléfono que se había roto?

—Sí, esa.

Saco un chubasquero del armario y me lo pongo.

—Oiga, no sé qué quiere, pero de verdad no tengo tiempo para tonterías —le digo al señor y salgo.

En las escaleras no hay agua. «Es usted un tipo mentiroso», quiero decirle al señor, pero se ha quedado atrás. En la calle tampoco llueve. Apenas hay nubes en el cielo azul cristalino. En el sitio donde ayer dejé mi coche, está aparcada la moto del vecino del primero. ¿Y mi coche?

—En el taller. Rompiste la correa de distribución —oigo por la espalda.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando tu hermana tenía que llevar a tu madre al aeropuerto.

Fue hace años, ni siquiera es el mismo coche. Esto va más allá de una broma pesada.

—Vale, digamos que usted es mi tío inventado. ¿Qué quiere? Es que ahora no es el mejor momento, llego tarde al trabajo. ¿Qué le parece si hablamos algún otro día? Mire —le enseño al señor el móvil—, ya me están buscando.

Pero no es la empresa quien me está llamando. En la pantalla del teléfono ahora se ve: «MAMÁ».

—¡Hola, mamá! ¿Es urgente? Te llamo después, ¿vale?

—¡Manuel! Tu tío está en el hospital. ¡Ha vuelto el cáncer!

Me paro a medio paso. ¿Puede que sea una estafa?

—¿Mi tío Antonio?

—Claro, Manuel. ¿Qué otro tío tienes?

A ver, hasta hace poco pensaba que no tenía tíos, así que se me daba muy bien matarlos sin remordimientos. Pero no se lo digo a mi madre. Sea broma o estafa, la voz quebrada de mi madre al otro lado del teléfono suena real. Voy a resolver esto ahora mismo. Doy la vuelta, pero el señor ya no está. La moto del vecino del

primero sigue aparcada al lado del edificio. Los loros verdes siguen chillando en el árbol de enfrente. Incluso el chubasquero sigue en mi mano, pero el señor ha desaparecido.

—¿Manuel? —oigo a mi madre—. Ay, Manuel, ¿qué hacemos?

—Mamá, ¿dónde estás?

—En el hospital, Manuel, te he dicho que en el hospital. Estoy aquí con Antonio. ¿Qué vamos a hacer, Manuel? Ay, ¡pobre hermano mío!

—Mamá, no llores. Estaré ahí en seguida. Mamá, ¿me oyes?

Pero mi madre sigue llorando. Subo a un taxi y, de camino al hospital, intento recordar todas las cosas que había escuchado sobre mi tío inventado. De segundo a cuarto curso, dijo. Tres años. Van a ser tres años largos y duros.

Flores

EMMA LÓPEZ HERRERO

Como cualquier otro día de la semana, Violeta se levantaba a las ocho. Entraba a la cocina, saludaba a sus padres y mantenía con ellos una conversación banal. Poco más que un «¿qué tal has dormido?» o «¡que pases un buen día!» se escuchaba en aquella habitación de la casa. Mientras desayunaba, Violeta revisaba el móvil, como siempre. Todo parecía ir bien, acorde con la rutina. Pero era entonces cuando llegaba el momento que más temía: el momento en que salía de aquella burbuja de pretender que todo seguía igual.

Al regresar a su dormitorio, se acordaba de pronto. No sabía cuándo le había sucedido exactamente, pero algo en ella era distinto. Violeta no estaba segura de si hacía un día, cinco, un mes, un año, o si siempre había estado ahí. Lo único de lo que estaba segura era de que aquello era real. Pero, ¿debía seguir escondiéndolo? ¿Era lo correcto?

Violeta se desnudaba frente al espejo y observaba cómo aquellas flores que le crecían de su propio cuerpo eran cada vez más grandes y visibles. Las flores surgían rodeando su cintura de un modo protector, y las que florecían junto a su pecho parecían brindarle una ternura inexplicable. Violeta las acariciaba, eran bellas, muy bellas. De hecho, eran las flores más bellas que jamás había visto. Pero a pesar de su hermosura, cogía la camiseta más cercana y se las cubría. Así, agarraba el resto de las cosas necesarias para la universidad y se marchaba.

Por el camino, en lo único que pensaba era en aquellas flores, que, tiernamente, por debajo de su ropa, le acariciaban la piel. En el paso de peatones más cercano a su casa, se cruzó con Noah, su vecino. A él, las flores le crecían alrededor de la cabeza. Eran de unos colores rosados preciosos que combinaban de maravilla con el rubio de su pelo. En ese momento, Violeta sólo pudo pensar en cómo Noah pudo estar tanto tiempo escondiéndolas. Así sabía que no era la única del mundo en tener



flores. Lo veía constantemente en redes sociales, e incluso lo veía por la calle, como a Noah. Cuando miraba a la gente caminar felizmente junto a sus flores pensaba que ella, tal vez, algún día, también podría llegar a hacerlo.

Cuando ya estaba casi llegando a la universidad, se acordó de Lili, una chica a la que conoció en el instituto. Ella también tenía flores, tenía... Pues cuando su familia lo descubrió, le cortaron las más largas y le obligaron a ocultar el resto.

Violeta no podía comprender cómo la gente podía amar las flores. Todo el mundo era capaz de reconocer y admirar su belleza, e incluso muchas personas tenían un jardín lleno de flores, que cuidaban. ¡Si su nombre era el de una flor! Y a la vez, la misma gente repudiaba a aquellos que tenían flores en el cuerpo. Muchos lo veían como algo extraño y antinatural. Aunque otros sí eran capaces de reconocer la belleza de aquellos cuerpos rodeados de flores.

Tener flores no era sencillo. Se necesitaba valentía para aceptar aquella realidad, amarla y mostrarla sin miedo al rechazo. En muchos casos, el miedo era mayor al amor que se le podía tener a las flores y hasta a las personas más cercanas.

Al entrar en clase, las flores seguían siendo el único pensamiento en la cabeza de Violeta. Apenas dos minutos más tarde, entraba por la puerta Alex, su mejor amigo y el único en el mundo que sabía lo de su secreto. A pesar de que Alex no tenía flores, adoraba las de Violeta. Él se encargaba de recordarle cada día lo bellas que eran. Tener a gente como él le hacía confiar en que podría llegar a mostrarse sin miedo. Algún día, Violeta sería capaz de hacer lo mismo que hacía cada día, sin ocultar lo que rodeaba su torso.

Un sabor inolvidable

SAMUEL ARGUEDAS

Aquel verano viajé a Génova. Yo tenía veintiún años y llevaba tiempo oyendo hablar del restaurante, así que decidí saciar mis crecientes ganas de ir y me lancé a la aventura. Como no contaba con ningún acompañante, convencí a mi primo Marcos para que viniera conmigo. Definitivamente, no era un viaje que quisiera hacer solo; quizá nadie me hubiera creído a la vuelta.

Aunque las vistas y la brisa hicieron más ameno el trayecto, el zarandeo del barco, mecido por las olas mediterráneas, provocó un fuerte mareo en varios de nosotros. Hubiéramos preferido ir en avión, pero la única forma de acceder a la isla era por mar. Al desembarcar, una para mí inexperimentada atmósfera de seriedad y encanto me dio a entender que jamás volvería a vivir algo semejante a lo que estaba por llegar. Marcos, como de costumbre, aportó su distinguida aura de paz y sosiego durante el paseo hacia el famoso restaurante. Digo famoso a pesar de que, aun a día de hoy, la mayoría de personas corrientes desconoce el lugar. Sí es, sin embargo, un tema de conversación común entre los que estamos especializados en este mundillo de la gastronomía.

Llegamos al establecimiento. Tras contemplar durante varios minutos su usual estética, nos invitaron a pasar a todos. Yo estaba realmente inquieto. Las veinte personas voluntarias, ansiosas por descubrir una nueva experiencia culinaria, ya conocíamos de antemano las condiciones. Aun así, el personal llevó a cabo una breve explicación mientras tomábamos asiento en nuestras mesas individuales, tras lo cual empezó de inmediato la ceremonia.

Trajeron el «pomodoro» y uno de los camareros lo abrió por la parte del pedículo. Sacaron con unas pinzas el papelito que había en su interior. Fue el nombre de Marcos lo que estaba escrito en él. Mi tranquilo primo, sin siquiera dirigirme una mirada, se levantó y fue gentilmente acompañado a la cocina. Poco después de que se cerraran sus puertas, se escuchó un extraño grito apagado y, a



continuación, estas se abrieron de nuevo, pero no fue Marcos quien salió. En su lugar, una sucesión de pizzas emprendió grácilmente su marcha hacia nuestras mesas. Sus verdes bracitos de albahaca se balanceaban al ritmo de sus delgadas piernas de focaccia, mientras que con sus afables ojos de aceituna negra nos iban saludando cortésmente uno a uno al rebasar nuestras mesas. Las bocas de mozzarella emitían un dulce silbido que acompañaba a sus ligeros y calmos movimientos, que me recordaron al parsimonioso andar característico de mi primo.

Los diecinueve clientes restantes disfrutamos de todas y cada una de las porciones que, de mesa en mesa, estas simpáticas circunferencias italianas nos iban ofreciendo de su propio cuerpo. La variedad de sabores resultaba infinita para nuestros instruidos paladares, tan fascinados como nuestros ojos ante aquel fantástico espectáculo visual.

A día de hoy, tras haber probado nuevos platos durante más de cuarenta años, puedo afirmar que jamás viví una experiencia como la que aquel inaudito restaurante me brindó. Mi favorita fue la pizza de «porcini». El marrón de aquellas setas era idéntico al claro iris de Marcos. Lo recuerdo tan vívidamente como entonces.

Recarga plic, plac, plic, ploc, así es el conato

NICOLÁS FERNÁNDEZ

Recarga, plic, plac, plic, ploc; así es el conato; y así frena: plum, laca. Recarga mal y, cuando se atranca, se puede forzar como hacen todos los bebés con el modelo —que este en particular viene asegurado por tornillos más fijos, dados más vueltas, los tornillos que se puede tragar un bebé—. Es un modelo que cuenta con un botón extra, de un plástico un poco más resistente. De hecho, tampoco tiene tornillos. Además, no lleva muelle. Por eso, al presionarse, como lo ha presionado el bebé eslavo, cabría pensar —no—, que no chirría. Porque no lleva muelle. Los muelles hacen un sonido entre *e/ñ/e* y *e/l/e*, como un */ɲ/* que lo acompaña una vocal castellana aleatoria. Es un sonido forzoso metálico, sonido alambre, sobre el ruido de la cabeza de plástico. El sonido de algunos modelos es mudo en uno de los botones; como es mudo el andar de un payaso venido del espacio: curiosamente, el mismo espacio del que viene el botón mudo; con una forma entre una circunferencia y los estados de los Balcanes vistos desde el espacio.

Al niño le impresionó palpablemente. Tanto fue que inmediatamente lo reconoció como un chico ajeno a su papá. Los cantos como de marfil los llevaba para resaltar la sonrisa: en torno al cordel, como un collar que, al fijarse bien, se aferraba a los rizos verdes para verse, no quedaba claro. El collar colgaba del supuesto bromista y su función se quedaba con el otro, el bebé, pues no entendía, era un niño. Los cantos, palabras que un bebé no conocería nunca, por tanto, no los entendía; los cantos de la puerta hacían aún más ruido que los del cuello: los agarraba y los soltaba. «Si alguien me llama, pues no entendía. Viene indicado claramente por la forma y el color. Lo presionaste. Como para no entenderlo» —y se señaló el casco... o peluca... o labor peluquera que lo hacía destacar: una mata de pelos enredados que reflejaban un

amarillento verde, pero ni de plástico, ni naturales, un aspecto intermedio. «Me parece que a mi aspecto infantil lo complementan las zapas ruidosas.» Y tenía razón, el ruido, especialmente voluntario, entre las vocales: e, i; es gracioso... /jɒ/; pero este: insatisfactorio «Bueno, las zapatillas son mudas, pero mi traje habla» «Ba--» «Claro. Bien, repite aquello que haga sonar: el frasfrás, chíchic, si lo pellizco o froto. Pero el nombre, si lo he asido; el objeto». De hecho, el niño, buena audiencia, lo escuchó y miró hasta las onomatopeyas del frasfrás y el chíchic, que terminaron sus cincuenta segundos de escucha ininterrumpida, que en realidad eran treinta irregulares. Cuarenta y un segundos de paciencia fue el precio. Así fue como no vio el del penoso espectáculo del mimo. Unos silencios musicales carentes del ritmo lúdico de las ferias y los juguetes caros: de quince a cincuenta euros aquí en España. «Es penoso: estoy muy en la planta, mis harapos mudos se han vuelto... Ni me expliques lo mudas que son mis vocales. No quiero escuchar esas cosas». Se llevó las manos a los bolsillos de tamaño *cartoon*. «Ante todo, no toques los mandos, y menos el botón sin muelle, no hasta que vuelva, y para el próximo modelo tendrá un muelle», sin saber o querer escuchar el genuino /zip/ de la faltriquera, «sinónimo de bolsillo». «Espero que te lo puedas permitir cuando salga». Miró por la ventana antes de agotar sus cincuenta minutos de atención ininterrumpida. «Imagino que no», y al saludar, saltó por la ventana. De hecho, el último verbo del extranjero fue el más payaso de todos: el niño se golpeó en el suelo de la risa. Pero eso no lo escuchó ya el mimo, cerca del Mar Negro, se pasó a ver las calles de Sofía mejor alumbradas que en el país vecino.

El bosque de rostros

LUIS DANIEL BORREGO LÓPEZ

Tras largas semanas sin hallar ni un rastro de alguna embarcación española, ni ninguna otra, Anne Bonny avistó a lo lejos un navío. Mi tripulación de once hombres quería tierra firme y no saber más de la bendita madre mar, pero los arengué para saquear aquel navío. He de decir que en Florida no pusieron tantas pegas.

—Sr. Francis, bandera blanca nos muestran.

Y mi mono por blandir mi espada y dar un espadazo a un memo, creció. Resulta que eran unos emisarios de mi amada reina inglesa, cargaban un telegrama para mí:

—Sr. Francis Drake, mi amado marinero pirata: una flota española con mucho oro indígena ha sido avistada cerca de una isla desierta. Mis emisarios deberían pasar cerca de los hispanos, que confirmen esto. Espero verte pronto, mi valiente pirata.

—¿Es cierto esto, chico? —dije al joven emisario.

—Sí, Sr. Francis, yo mismo lo vi hace unos días. Lo increíble es que no había nadie.

Pese a esta gran oportunidad, mi cansada tripulación decidió abandonarme y volver a Britania, todos excepto Anne Bonny, esta chica es impresionante, tuve suerte de encontrarla en aquella isla maldita. Desde Puerto Rico, el mar no nos favorecía. Entre dos, la carabela tampoco es difícil de llevar. Navegamos dos días por las turquesas aguas del Caribe, pero de repente, sufrimos la leyenda marinera maldita.

Una ola monstruo apareció de la nada y nos arrasó aquella misma noche. Por un milagro del todopoderoso Dios, el barco sobrevivió al muro de agua y encalló cerca de una isla desierta. Lo último que recuerdo de antes de caer dormido en la arena, fue sentir un fuerte temblor en la isla y ver la estrella polar en el cielo. Al día siguiente, o días, no estoy seguro, estábamos envueltos en la sombra de unos árboles. Recuerdo ver a Bonny extrañada y le pregunté qué le ocurría.

—Recordaba ver el cielo —dijo mi fiel grumete.

—No sabría decirte.

Nos levantamos para buscar provisiones y, con suerte, a alguien. Aquellos árboles tenían algo siniestro, como una forma de rostro en los troncos. Caminando un poco, salimos de la zona arbolada y vimos lo peor que pudimos ver: una isla totalmente desierta y un viento que traía un susurro extraño a nuestro oído. De repente, un árbol brotó del suelo frente a nuestros ojos y así uno tras otro; one palmeras brotaron en un instante, lo que me hizo acordar de los hombres que me dejaron atrás; aquellos troncos tenían ese horrible rostro. Anne Bonny se asustó y salió corriendo hacia el desierto, no te imaginas lo que corrimos que hasta perdimos la noción del tiempo y, de repente, caímos derrotados en medio del maldito desierto. Pero al despertarnos, estábamos al otro lado de la isla, totalmente rodeados por árboles, y comencé a escribir esta carta para ti mi querida reina Isabel. Pero al momento de tirarla en una botella para que vagara por el vasto mar con la escasa probabilidad de que alguien la lea, un ser apareció de entre los árboles, se hace llamar Bermuda, y me dijo que he desbloqueado el triángulo perfecto para que descansen las almas que perecen en estas aguas. Mi reina, si lees esto, no permitas que nadie navegue estas aguas, este ser solo quiere sus almas par...

El hombre perfecto

LUCÍA CRUZ DA-CUNHA

Hacía tiempo que Amaia y yo habíamos comenzado a hablar, pero esa extraña sensación de incomodidad que me recorría el cuerpo cada vez que lo hacíamos no me dejaba abrirme y ser yo mismo. Tras comentarlo con mis amigos, todos coincidían en que el problema era ella, pero esa opción, sin duda, me parecía un imposible. ¿Cómo iba ella a relacionarse con una palabra tan fea como «problema»?

Recuerdo el día en el que la conocí. Temí por mí cuando entró al bar, ya que, debido a la fuerza y seguridad con la que andaba, los cimientos podrían ceder y finalmente terminar cayéndose. Se sentó sin hacer ruido en la mesa del centro y sacó el ordenador. Fue la luz de la pantalla lo que me hizo reaccionar e ir a atenderla.

—Buenas tardes, ¿qué le traigo? —Y justo en ese momento, dos ojos verdes atravesaron como flechas mi cuerpo, creando heridas de las que aún tengo cicatrices.

Concentrada y agradable, pidió un café solo y continuó con su trabajo. Pero mientras lo preparaba, yo sentía que algo me estaba empujando a hablar con ella y a acompañarla. Así que, sorprendentemente, hice caso a esa voz y, cuando me acerqué a la mesa, pregunté:

—¿Mucho lío? —dije disimulando el temblor de manos al dejar la taza sobre la mesa.

—Pues un poco. En cuanto acabe el TFG no voy a volver a leer nada nunca más.

—A mí me encanta leer.

—¿Ah, sí? —preguntó, y yo asentí—. Te propongo un plan: tú lees los artículos y yo escribo.

A esas alturas, yo ya le habría dicho que sí a cualquier cosa que me hubiera propuesto.

Tras otro café y unas cuantas horas más, ya habíamos hablado tanto que se me había pasado la hora de cerrar.

Apresurada, cogió sus cosas algo avergonzada por seguir allí, pero antes de meter el móvil en el bolso, me preguntó mi número. No podía creerme aquello, ¿le había gustado?

Sin que se notara mucho que su pregunta me había ruborizado un poco, contesté.

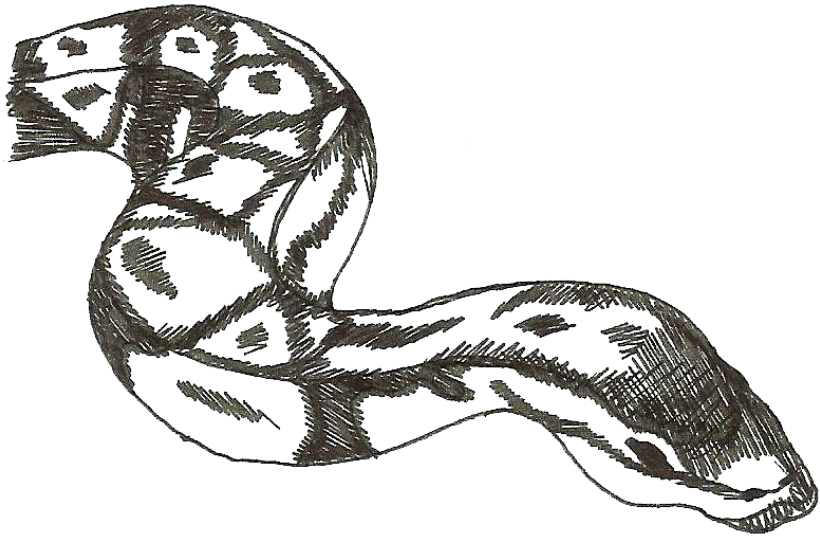
Después de conocerla, cada vez que quedábamos, aún creía que alguien me estaba tomando el pelo. Íbamos al cine, a comer, a dar paseos, y ella hablaba y hablaba como si los días se le quedaran cortos para contármelo todo. Yo, en cambio, la miraba admirando cada una de sus partes, desde el pelo más despeinado hasta las puntas sucias de sus botas, que tanto le gustaba hacer sonar. Pero existía una dualidad en mí. Aunque Amaia me encantaba, yo no podía evitar sentirme pequeño a su lado.

Como era de esperar, hubo un día que, después de tantas copas, mi timidez se esfumó y conseguí abrir la caja de Pandora; conseguí abrirme y contarle todo lo que sentía cuando estábamos juntos, cuando me acordaba de ella o cuando, simplemente, la escuchaba. Ella sólo supo mirarme atónita con un brillo en los ojos que casi logró deslumbrarme. Lo que Amaia no sabía era que yo no compartía el mismo gusto, así que, imitándome, comenzó a hablar bonito conmigo. Frente a esto, mi cuerpo se paralizó y comencé a sudar, debido a los nervios, ya que por cada palabra que decía, mi cabeza la negaba y la transformaba en mentira. ¿Cómo iba ella a verme de aquella forma? Angustiado, solo supe coger el vaso y beber, pero mis ojos se abrieron como platos al ver que uno de mis dedos se había vuelto verde. Rápidamente, escondí la mano mientras su melódica voz continuaba soltando todas aquellas tonterías, que, a mi suerte, poco después, se calló.

—¿No dices nada? —preguntó preocupada.

—Em... Sí, sí —respiré hondo y me relajé, notando la piel áspera de mi nuevo dedo reptil—. ¿Es verdad todo eso?

—¡¿Y por qué no iba a serlo?! Eres muy especial, nunca te mentiría en algo así.



De nuevo, el calor inundó mi cuerpo, y cuando me toqué el cuello en un intento de relajarme, noté que un gran bulto sobresalía. Al no saber qué me ocurría, me asusté tanto que me desmayé.

Poco después, abrí los ojos. Estaba tumbado en la cama de un hospital, con ella a mi lado, agarrándome de la mano en la que se encontraba el dedo verde que, para mi sorpresa, no había sido el producto de una pesadilla.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Sí. Pero...Mi mano...

—¿Qué le pasa a tu mano?

—Mira mi dedo.

—Vale. ¿Y? ¿Qué problema hay? A mí me encanta.

No entendía cómo a una mujer como ella le iba a gustar esa aberración, pero asentí y dormí un poco más. Tras despertar, se reanudó el delirio.

—Qué guapo estás cuando duermes.

Otra vez ese calor. Otra vez ese temblor. ¿Qué iba a ser lo siguiente? De repente noté cómo mi oreja crecía y el pendiente me empezaba a apretar. Fui rápido al baño y el reflejo del espejo me confirmó que tenía una oreja de elefante.

Enfadado, me dirigí a ella y le supliqué que se fuera. Se sorprendió más por la forma en que le hablé que por mi nuevo aspecto. ¿Cómo era posible?

Pasó el tiempo y no volví a verla, tampoco a llamarla. Mis amigos volvieron a opinar sobre ello y, al igual que mi almohada, llegaron a la conclusión de que el problema no era ella, sino yo. Y, a mi parecer, dieron en el clavo.

Lo que más se me quedó grabado de esta experiencia fue que mis amigos también contaban con dedos de reptil y con muchas otras cosas a las que yo no les había dado ni la menor importancia.

Ella no fue perfectamente humana, ni yo tan solo un monstruo.

A plena luz

MAR GARCÍA LÓPEZ

Si estaba el suficiente tiempo parada, podía notar el ritmo constante de las vías por las que circulaba el tren, ya fuera mientras miraba cómo caían las gotas de lluvia por la ventana, o concentrada leyendo un libro. Pero, en ese momento, permanecía completamente quieta tras el hueco de las maletas que había sobre los asientos del vagón. Para mi suerte, el espacio era más amplio de lo que me esperaba y había conseguido esconderme tras el equipaje de un par de señores que, mientras se metían de lleno en una conversación sobre el negocio que había hecho el rey en el último ataque a las tierras vecinas, habían subido sus grandes y pesadas maletas sin fijarse en mí.

No podía echarle la culpa a nadie más que a mí misma de encontrarme en esta situación, por haber aceptado de nuevo la orden que Carol me había dado. Volví a estirar el cuello para que el reloj del vagón entrara en mi campo de visión y vi que quedaban solo dos minutos para entrar al túnel que conectaba Onlizas con Jurnath. Respiré profundamente con cuidado, para no ser advertida, y traté de relajarme, algo que no conseguí, porque a cada segundo notaba cómo se me aceleraban las pulsaciones. Por muchos asesinatos que hubiera cometido a mis tan solo veinte años, aún no me acostumbraba a la calma antes de empezar una guerra. Había comprobado que mi mente me jugaba una mala pasada cuando una misión se llevaba a cabo meticulosamente y en equipo. Yo no tenía ningún problema en ser impulsiva y encontrarme con las manos ensangrentadas antes de darme cuenta, sin que nadie lo supiera. Pero me irritaba que después me preguntaran cómo me sentía al haber acabado con una vida. «¿Bien, tú?», «¿aquí, pasando el rato?», «¿esta víctima ha sido mejor que la anterior?».

La luz desapareció en un breve pestañeo, indicando, con ello, que habíamos entrado en el túnel. Las velas encendidas en los candelabros eran la única fuente de iluminación hasta que Neth se

puso a hacer su trabajo. Teníamos poco tiempo para cumplir con lo establecido, porque, aunque el túnel se extendía a lo largo de doce kilómetros de montaña, era limitado, y eso provocaba más tensión.

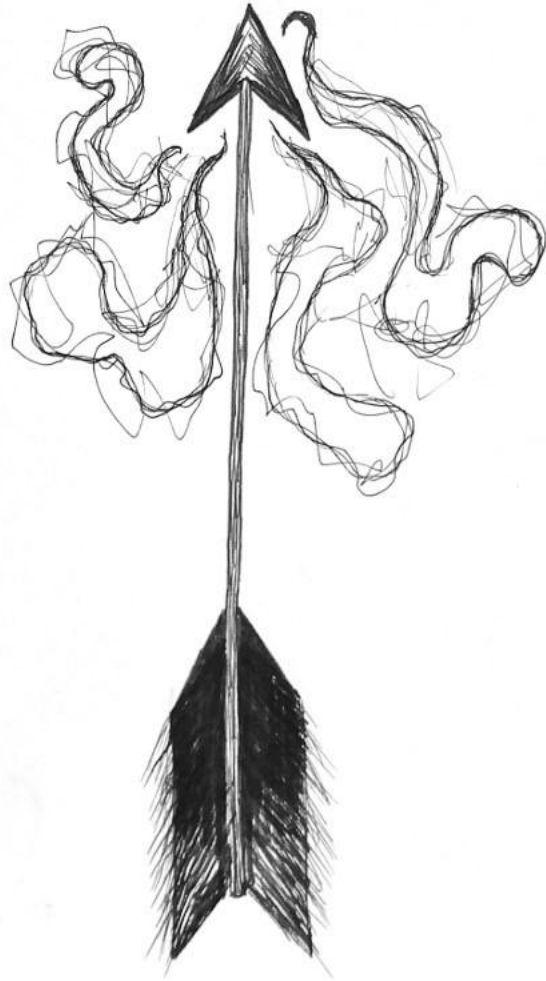
Neth apagó las velas de todo el tren sin mover un solo dedo, gracias a que tenía el don del oxígeno, uno de los más poderosos en mi opinión.

Mi turno había llegado.

Sigilosamente, me arrastré con los codos hasta el final del soporte del equipaje y, colgando el peso de mi cuerpo en los brazos, me lancé al suelo. Caí con una perfecta técnica que hizo que nadie pudiera haberme escuchado, ya que, además, se había armado un revuelo a causa del apagón. Agarré de mi espalda el arco y, aprovechándome de mi don de la oscuridad, que me permitía, entre otras cosas, ver en ella, apunté al objetivo con el que empezaba la misión para la que llevaba ocho años entrenándome.

El día de mi duodécimo cumpleaños, en vez de soplar las velas y que me pusieran sobre las manos un regalo, sostuve por primera vez un arma. Empecé por la daga, el arma más pequeña y fácil de esconder en el día a día de una mujer adolescente. A los catorce años, mi madrastra, Carol, me ayudó a empuñar la espada. Al año siguiente, gracias a que ya tenía más que dominadas las anteriores, Carol abrió un armario lleno de arcos de diferentes tamaños y flechas de todos los tipos. Ese momento fue, para mí, amor a primera vista. Era sabido que el arco era un arma, para muchos hombres, considerada fácil, débil y poco útil en comparación con la espada. Lo que yo pensaba, en cambio, era que esos inútiles no sabían la de cosas que se podían conseguir con el arco, porque no sabían ni apuntar. Pero no me quiero enrollar demasiado...

El caso es que, para cuando empecé a desarrollar mi don a los dieciocho años, como el resto, yo ya sabía todas las maneras de matar sin ni siquiera utilizar el arco, y eso me permitió centrarme en examinar, estudiar y controlar la oscuridad. No solo había conseguido ver en ella, sino que también podía imponerla siempre que quisiera.



Carol se había entregado en cuerpo y alma para hacer de mí toda una asesina de la que enorgullecerse en Onlizas, nuestro reino, que estaba en guerra desde hacía tres décadas con Journath, el más próximo a nosotros, por una cuestión de venganza. A mí no me importaba ser conocida como el monstruo con menos escrúpulos del reino si eso significaba que nadie intentara molestarme.

Tensé la cuerda aún más fuerte y solté los dedos, haciendo que la flecha fuera directa a la frente del primer secretario del rey de Journath, que no solo era un enemigo, sino un cerdo que engañaba a su marido gracias a su don de clonarse. No me daba ninguna pena su muerte.

Mi segunda víctima se encontraba a su lado, agitando las manos en el aire, dado el estado de nerviosismo en el que se encontraba tratando de adivinar qué acababa de pasarle a su superior. Esperé hasta que consiguió arrodillarse frente a él y tocar la frente del secretario, ya sabéis, para darle más dramatismo al asunto. Gritó desesperadamente y, en el momento en que abrió la boca, mi siguiente flecha se coló en ella, atravesándole la garganta. Dos siluetas grisáceas y oscuras me miraron desde la otra punta del vagón. Eran ellos, convertidos ahora en espíritus.

—Tú —me señaló con un dedo el primer secretario. Y después se desvanecieron.

Ah sí, se me olvidaba comentarlo: gracias a mi don también podía ver a los fantasmas.

Salí de ese vagón y me deslicé al siguiente, donde se encontraba la sobrina del rey, protegida por dos guardias que antes de que dieran el siguiente suspiro ya estaban sin vida en el suelo, con una flecha clavada en el pecho cada uno. La pena fue que no pude matarla, porque alguien tiró de mi trenza de pelo azul con toda su fuerza, o eso me parecía.

—Las peores cosas ocurren a la luz del día —me dijo una voz masculina a la que no pude ponerle cara hasta tres años después.

De golpe, una luz muy intensa me cegó por completo. Sentí el dolor más fuerte que me pudiera haber imaginado en trescientos años y me desmayé. Yo había jodido la misión.

Parálisis

GLEIMAR DI EMIDIO

Ella sabía perfectamente lo que iba a pasar ese día. Ya estaba preparada. Llevaba dos años viviendo la misma rutina, una monotonía que, internamente, le había dejado secuelas graves de ansiedad sin darse cuenta. Sí. La temida ansiedad. Todos los días, se levantaba a las seis de la mañana para salir pronto de casa y tomar el autobús número veinte, que la dejaba en la asombrosa Puerta de Alcalá. Trabajaba muy muy cerca de allí y, al terminar su turno, se iba a clase durante toda la tarde. Lo que más quería en este mundo era terminar la carrera, graduarse en la universidad y dedicarse a lo que había soñado desde niña.

Cuando su jornada terminaba, volvía a casa tomando un autobús que la dejaba justo frente a su portal. Luego de tantas horas fuera, llegaba a su zona de confort para hacer unas cuantas tareas del hogar y de aseo personal y, por fin, al terminar, se iba a la cama a descansar a eso de las once de la noche aproximadamente. Y así, una y otra, y otra vez... Pero desde hacía varios meses, algo había cambiado cada vez que se iba a dormir.

La primera vez fue la más dura. Abrió los ojos y se vio perfectamente en la habitación, con todo intacto a su alrededor. Como si se hubiese despertado sin más, pero sin poder moverse. Estaba paralizada, nunca mejor dicho. Esa vez intentó gritar, pero la voz no le salió de la boca. En su lugar, salieron una especie de arañas muy pequeñas. Les tenía pánico, así que cerró los labios y no intentó volver a hablar de nuevo. El terror crecía más y más, mientras ella seguía sin poder moverse.

No se sabe con exactitud si fueron segundos, minutos u horas, pero para ella había pasado una eternidad. Hasta que, por fin, de un salto, se despertó, y se dio cuenta de que todo había sido un sueño, una pesadilla, una parálisis del sueño, o todo lo anterior junto y mezclado.

Día tras día, aquello se fue volviendo parte de su rutina. Llegaba a casa después de un largo día, terminaba algunas cosas

para el día siguiente y, apenas cerraba los ojos para dormir, quedaba inconsciente en un sueño profundo.

Y volvía a la pesadilla, volvía a la parálisis.

Los dolores de cabeza se le agudizaron, no le permitían pensar en otra cosa que no fuera cómo salir de ese momento y regresar de golpe y de nuevo a este plano, despertando al fin.

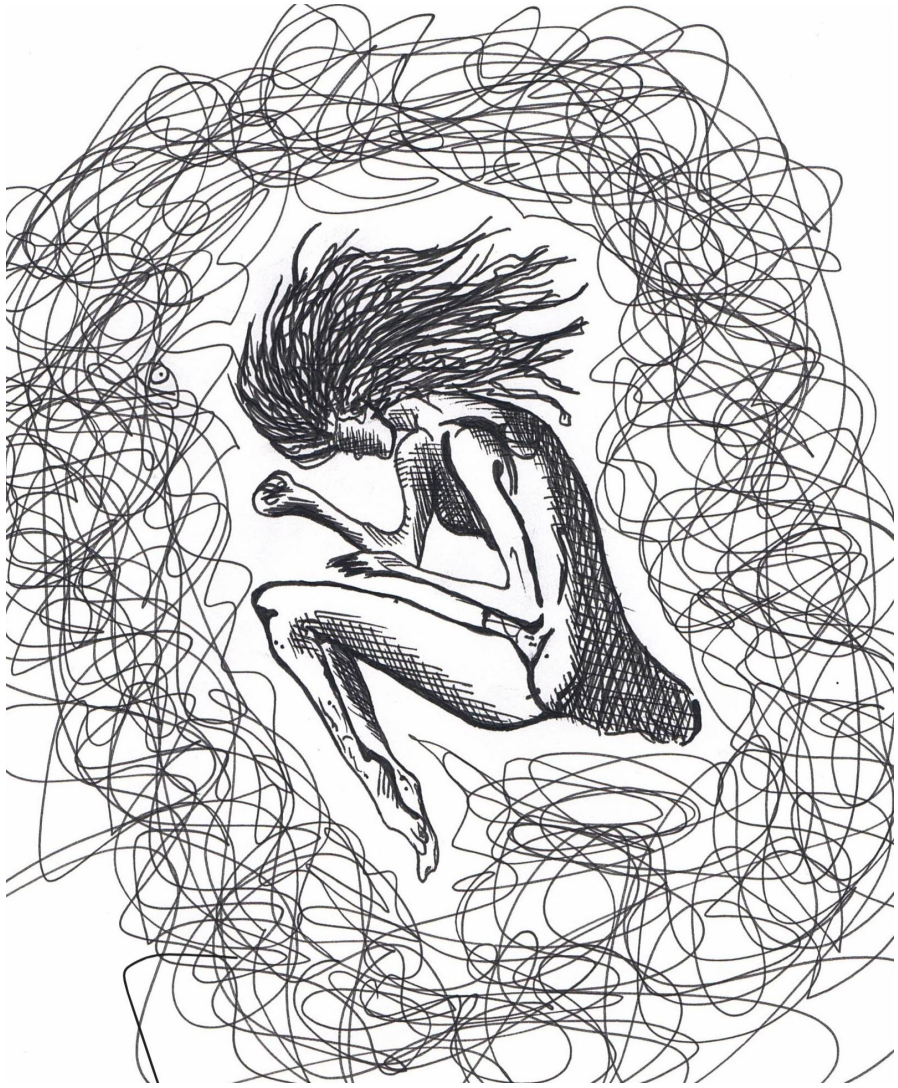
Intentó buscarle una respuesta a por qué le pasaba justo a ella, pero no la encontró. Luego de eso, empezó a investigar un poco más y entendió que la situación no era del todo fuera de lo común. Se llaman parasomnias y son parálisis del sueño. A muchos les pasa. De hecho, algunas personas hasta aprenden a controlarlas. Así que decidió no darle importancia.

Hasta que, hace exactamente un mes, la pesadilla cambió su final. La primera parte siguió siendo la misma: estaba ella como atada con cuerdas invisibles a la cama, sin poder moverse y sin poder hablar, mirando a todos lados para ver si alguien la ayudaba. Pero entonces apareció aquella silueta en la puerta de la habitación.

Al principio, no veía muy bien quién era la sombra, porque solo se quedaba a lo lejos, mirándola. Pero, poco a poco, en cada noche, en cada parálisis del sueño, se acercaba un poco más, intentaba decir cosas que ella nunca lograba entender, sonreía macabramente. Luego caminaba hasta la ventana y se dejaba caer de espaldas al vacío. En ese momento, justo cuando la sombra desaparecía, se terminaba la pesadilla y ella despertaba, con el miedo de asomarse por la ventana y verla desmembrada en la acera de la calle.

Al pasar los días, cada vez que esa figura aparecía, su cuerpo se tensaba como nunca antes lo había sentido, y mientras se acercaba cada vez más, su miedo se hacía más grande de lo que ella nunca había pensado.

Una de esas noches, antes de despertar de golpe, como solía hacer, se le entendió por primera vez lo último que dijo: «no te librarás, no descansarás». Y a partir de ese día, comenzó a entender perfectamente todo lo que decía. El miedo que sentía no dejó de crecer ni una sola noche. La sombra tenía control sobre ella y



nunca la dejaría en paz. No era nada más que su ansiedad, manifestándose de la peor manera posible.

Después, ella intentó dejar de dormir. Tomó pastillas y bebidas energéticas, todo lo que la ayudara a mantenerse despierta durante la noche. Solo para no volver a verla nunca más. Pero nada funcionaba. No sabía si era peor sentirla durante todo el día o verla en las pesadillas en las noches. Porque, en sus parálisis del sueño, solo sentir su presencia hacía que le ardiera todo el cuerpo por dentro, como si un fuego quemara sin piedad todo a su paso. Lo dejó muy claro las últimas veces que la vio: nunca se iría. Y ella ya no lo soportaba más.

Pero una vez, después de mucho tiempo, por fin lo entendió todo. Por alguna extraña razón, se sentía más fuerte de lo normal. Llegó a casa, terminó cosas que tenía pendientes para el resto de la semana y se fue a la cama.

Cuando sintió que ya se había dormido, la volvió a ver, pero la vio diferente. Ella ya no tenía miedo. Ese día, ella tenía el poder. Ese día, dejó de soñarla y la sintió en la vida real.

Fue real.

Fue el primer día que pudo moverse durante lo que creía que era el enésimo episodio de parálisis. No intentó gritar porque no lo necesitaba. A la que se veía asustada, era a esa sombra. Ella se aprovechó. La hizo sufrir tanto como la sombra lo hacía cada noche con ella. Justo antes de despertarse de golpe, le dijo que nunca más la volvería a ver, que por fin se libraría de su presencia. Así se fue tal y como lo había hecho la sombra cada noche.

Caminó hacia la ventana de la habitación y se dejó caer de espaldas al vacío desde el octavo piso desde donde vivía. Segundos después, se escuchó un fuerte ruido junto con los gritos de algunas personas. Era real. Quedó desmembrada en la acera de su portal, como nunca pudo ver a esa sombra.

En ese momento, ella no había entrado en la parálisis del sueño, porque nunca se quedó dormida.

Pero ese día, ella sabía perfectamente lo que iba a pasar, porque ya estaba preparada.

La mató la ruina

ÉRIKA RUIZ ESPINO

Era un día más, un día cualquiera. Como cada mañana, me levanté con ganas de vivirlo y que fuera un día especial, cuando, en realidad, era un martes de principios de invierno a las siete de la mañana. Siempre despertaba con esa mentalidad tan positiva. Lo que más me gustaba era poner algún mantra mientras me preparaba y desayunaba. Nunca se me olvidaba escribirle los buenos días a mi novio, que vivía a más de mil kilómetros de distancia, ni tampoco de tomarme las vitaminas que me había recomendado mi nutricionista.

Mi día fue bastante normal. Fui a trabajar, vi a mis amigas, llamé a mi novio y entrené. Pero esa noche, algo dentro de mí decía que lo que había hecho estaba mal. Intenté no darle mucha importancia, aunque cada vez me sentía peor.

A la mañana siguiente, estaba rendida y solo seguí durmiendo sin avisar a nadie. No sé exactamente cuántas horas estuve en la cama, pero recuerdo que, cuando desperté, sentía que solo había descansado cinco minutos. Tuve un sueño que me dejó sudando, con todas las sábanas revueltas, en una posición que, para dormir, no era nada cómoda.

Al cabo de unos diez minutos, tomé conciencia de lo que había pasado y miré la hora. Era el momento de ir a trabajar, así que puse mi mantra preferido, escribí los buenos días y tomé mis vitaminas. Mientras iba de camino al trabajo, pensé en lo preocupados que podían estar mi jefe, mis amigas y mi novio. Pero, para mi sorpresa, no tenía ninguna notificación, ni llamada en el móvil. Me sentí un poco triste. ¿Cómo era que nadie se había dado cuenta de que estuve un día entero desaparecida?

En la oficina, todo parecía normal y, como de costumbre, en el descanso, llamé a mi pareja. No hubo en él ninguna actitud fuera de lo común. Cuando acabó mi turno, fui directamente a casa. Todo me parecía raro, aunque pareciera como siempre.



Pasó una semana y yo seguía muy cansada, desconcertada y extrañada. Así fueron transcurriendo las semanas, en las que me decía que todo era normal, que no tenía de qué preocuparme.

Hasta que un día, bien entrado el invierno, en la llamada rutinaria con mi pareja, la conversación no fue la típica. Él empezó diciéndome:

—Hola, creo que ya no aguanto más, no puedo seguir siendo tu novio si no me cuentas qué pasó ese día.

No entendía la situación, todos mis días eran iguales. Nunca pasaba nada y, por más que intentara explicarle la situación o preguntarle cualquier cosa para conseguir que no me dejara, me mandaba a callar. Hasta que, finalmente, colgó la llamada.

Entonces volví a sentir aquello mismo que llevaba evitando meses. Lo que había hecho estaba mal, lo que había hecho estaba mal.

Esa noche dormí muy bien. Nada de llantos, parecía darme igual que me hubieran roto el corazón aquella misma mañana. Poco a poco, yo iba sintiendo que caía en una espiral sin fin hasta llegar a un sueño tan profundo que me hizo comprenderlo todo.

Volví a aquella noche, pero no en mí misma, sino que era una sombra en el techo de la habitación. Me podía ver desde fuera de mi cuerpo. Estaba plácidamente en la cama, dormida, y parecía descansar, pero, de repente, se iluminó la sala con las luces de una ambulancia. En ese instante, entró mi novio corriendo hacia mí, desesperadamente. Me asusté, era imposible creer lo que estaba sucediendo: me había tomado los suplementos escuchando un matra después de darle los buenos días al mismo chico que había aparecido corriendo en mi habitación, aunque viviera a cientos de kilómetros de allí.

Cuando se llevaron mi cuerpo pálido, sonó el móvil y me desperté. Era un número desconocido, descolgué, y una voz me relató la continuación de lo que había soñado en forma de noticiero:

—En el cuarto piso de un bloque de apartamentos en el centro de Madrid, se ha hallado el cuerpo sin vida de una mujer de unos veintipocos años a punto de descomponerse. La causa de la

muerte todavía se desconoce. Su pareja, al no soportar la situación, a los pocos días de la noticia, decidió quitarse la vida.

Empecé a gritar como una loca. Me dolía todo el cuerpo y hacía un calor insostenible. De nuevo, vi la espiral.

Todavía no sé qué me hizo saltar dentro de ella aquel día. Pero bueno, ya es primavera, estoy escuchando un mantra, he escrito mi mensaje de buenos días, me he tomado mis vitaminas y estoy a punto de salir a trabajar.

Cambian durante el día

LEANDRO REJAS

NUBLADO

El violento ruido que hizo la puerta al cerrarse me acusó instantáneamente de haber salido de casa con la sangre hirviendo. Sentí mi cuerpo volverse una sustancia viscosa que se expandía por todo el suelo, a la par que escuchaba los intimidantes pasos de la bestia que, hace unos segundos, estaba durmiendo.

Ya me podía imaginar la avalancha que se me venía encima, pero eso no me impidió sentir algo de valentía al mantener la verdad dentro de mi boca. Había salido envuelta en llamas de casa porque era la única forma de atraer a Brusco, quien siempre veló por verme cometer errores que desembocaban en su violenta forma de corregirme.

Mis ojos buscaban atentos el mínimo movimiento en las perrillas para ver quién de los vecinos iba a salir primero. Hubo silencio. La pierna derecha se me adormeció por intentar imitar a una estatua, por lo que tuve que moverme ante la rareza del ambiente y me desplazé despacio hacia el ascensor; que no se notara que estaba escapando.

Mientras esperaba a que subiera desde el piso dos, mi mente iba en línea recta hacia el desconcierto. Mi plan de exponerlo había fallado, y ni siquiera consideré la opción de volver ahí dentro para descubrir el porqué. Me dio más miedo no ver a mi padre con sus manos predispuestas a ahorcarme que la misma consecuencia.

En los espejos del ascensor, me reflejaba; estúpida, me dije en voz baja mientras me incrustaba las uñas en el brazo.

Justo cuando estaba por saltarme a la siguiente escena de mi día, mamá se interpuso de repente y mi dedo no llegó a pulsar el botón de la planta baja. Fueron sus ojos, seguidos del encogimiento de sus hombros y de sus muecas sobre exageradas. Ella estaba harta de mí, me lo dijo sin necesidad de abrir la boca.

Lanzó un abrigo hacia mis brazos. Tuve que pulsar otro botón para que las puertas del ascensor se mantuvieran abiertas. Justo después, me pregunté, ¿qué esperaba mi madre? No había forma de que lo atrapara a tiempo, por eso allí estaba el abrigo, tendido en el piso por culpa de las dos.

Dejé que ella se acercara para levantarlo. Me lo entregó casi golpeándome y yo esperando a que me dijera, pónelo, pero tampoco le importaba tanto. ¿Será que no ha querido discutir porque quizás yo tampoco quería?

Salí corriendo del edificio para subir a mi bicicleta y llegar a tiempo al examen programado para las nueve. Saqué mi celular aprovechando que el semáforo estaba en rojo y le escribí a Víctor, un estudiante del salón A del cual me hice amiga estas últimas semanas. Me dijo que ya había empezado la clase, que me debía apurar. No quiso abordar la situación en la que me involucró en la madrugada; algo le pasó, pero se arrepintió justo antes de decírmelo.

Pedaleé tan rápido que casi perdí el control y me estrellé contra un auto del carril izquierdo. Más bien el colegio no quedaba lejos.

El guardia de la puerta de entrada cuestionó mi llegada, casi me la prohibió, hasta que le mencioné que tenía un examen que no podía perder. Además, el cielo se veía tan enojado como yo aquella mañana, un paisaje que atrajo mi mirada y mi andar, diciéndome que en vez de ir por el pasillo de la derecha hacia las aulas, me fuera por el pasillo de la izquierda, donde la puerta de la azotea estaba misteriosamente abierta.

No faltaba mucho para que tocara el timbre de receso. Me acerqué al borde y miré hacia arriba. Me sentí comprendida.

LLUVIA DÉBIL

—¿No comerás nada, Víctor? —me preguntó Vanesa mientras masticaba la masa de comida que tenía en su boca.

—No tengo hambre.

—Nunca la tienes. —Se encogió de hombros y se limpió con una servilleta—. ¿Y tú? —Vanesa dirigió su mirada hacia el chico desconocido que se había sentado en nuestra mesa. El chico, ni respondió ni la miró.

—Disculpa, mi amiga te hizo una pregunta —dije con frialdad.

—¿Eh? Lo siento, estaba terminando de escribir un párrafo que tenía pendiente—. Sonrió sutilmente y guardó en su mochila una libreta que parecía no tener ya páginas en blanco. —¿Quieres decirme algo? —el chico se me quedó mirando.

—Víctor. —Vanesa sonrió forzosamente y se puso de pie para correrse de lugar y susurrarme al oído—. Este chico no es de aquí. ¿Por qué te tardaste tanto en el baño? —No supe qué decirle. Se sentó y empezó a observar minuciosamente cada cosa, cada persona que hubiera en esta cafetería.

—¿Te he visto en otra parte? —le preguntó y se mostró incómodo.

—Eso lo dudo. Aunque sé algunas cosas sobre ti que nadie más sabe. —Asomó su cara a la mía y, entre sonrisas, me dijo lo siguiente—. Tranquilo, las cosas pueden cambiar durante el día.

Lo miré a él, luego miré a Vanesa. Volví a mirar al chico y asentí con la cabeza, dando a entender que sabía muy lo que quería.

—Víctor, mira. —Vanesa se levantó y me agarró del brazo para que hiciera lo mismo—. Todos están saliendo al patio...

—¿Por qué? —preguntó confundido y miró hacia donde miraba ella. El chico también se levantó.

—Alguien está en la azotea, creen que va a saltar —dijo un estudiante eufórico mientras corría.

Qué extraña fue esa sensación, voltearme y notar que Daniela Muir no estaba en su mesa.

Daniela nos estaba mirando a todos desde allá arriba. Silenciosa, frágil, temerosa. Se asomaba al borde, no sé si era para provocarnos un susto o para probarse a sí misma.

Realmente lo entendí cuando su mirada se cruzó con la mía. Sus pupilas se comieron a las mías, me pareció una eternidad. Eso

bastó para determinar que no quería saltar, porque ella, como yo, sabía que no era tan sencillo.

El pánico se desintegró cuando ella bajó y explicó lo que había pasado. Las clases continuaron con normalidad.

Todos comenzaban a crear sus teorías en torno a Muir. Pero aquello solo duró dos horas. Para el siguiente receso, ya se habían olvidado de que era nuestra compañera de clase.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó Daniela Muir.

—Yo debería hacerte esa pregunta.

—Te veo cansado... No dormiste bien, ¿cierto?

—Siempre tuve ojeras, Daniela...

—Está bien, no me lo digas —alzó las cejas—. Por mi parte, estoy en la delgada línea entre el bien y el mal. Sucedió algo en la mañana que me dio alivio. Mi padre no me gritó, no me agarró como un trapo ni me apretujó hasta dejarme sin respirar. Hoy, mi padre no me molió a golpes y, siendo sincera, esta es la primera vez que tengo tanto miedo de volver a casa, porque no sé con quién me voy a encontrar.

—¿Vas a preguntarme si creo en que las personas pueden cambiar?

—Brusco, al parecer, lo hizo de un minuto a otro.

—Nadie puede hacerlo —agachó la cabeza—. Has vivido un infierno por demasiado tiempo... Te mereces una vida mejor, tu padre merece un tiro.

Como el tiro que quise darme esta mañana antes de venir a clases, pensé.

—Víctor, ¿por qué me escribiste en la madrugada?

—¿Qué?

—Sí... Me preocupaste mucho. Pero como hace un tiempo me dijiste que eras sonámbulo, no le presté atención. Dime, ¿estoy en lo correcto?

—Muéstrame lo que te dije.

—Claro, como quieras —sacó su teléfono y me lo entregó.

TORRENCIAL

—Lo siento...

—¿Víctor? Son las cuatro de la mañana, ¿por qué te disculpas?

—Por lo que estoy a punto de hacer.

—¿Qué harás?

—...

—¿Hola?, ¿estás ahí?

Aterrador e inesperado. A mi teléfono, de pronto, le crecieron manos. Sus dedos largos y fríos sujetaron mi cabeza para obligarme a mantener la vista fija en el último mensaje de texto que Vanesa me dejó.

Yo leía y releía sin poder reaccionar. Aquel punto de quiebre llegó cuando grité desesperado por no saber qué hacer. Lancé mi teléfono contra la pared. Me quedé colgado. Luego dije: «idiota, aunque sea, llámala». Empezó a sonar el tono al mismo tiempo que vi el aviso de que Daniela estaba escribiendo. Pensé que me estaba por mandar un mensaje más largo, pero se detuvo y, por ende, también yo.

Me puse de pie para ir a buscarla y entonces sentí que me derretía. Me fui arrastrando hacia una de las esquinas del cuarto. De pronto, me había vuelto pequeño. Puse mi cabeza entre mis rodillas, esperando a que alguien entrara a la habitación para decirme que todo era mentira.

Desvié mi vista hacia las sombras bajo el escritorio. Me extendí tanto como pude para agarrar un objeto que hacía mucho no encontraba. «Habías estado aquí, y yo buscándote desde septiembre. Pensé que te habías quedado con Vanesa. Mírate, estás tan agrietado que con solo levantarte se te terminó saliendo una parte. Quedaste incompleto, te volviste punzante».

No sé por qué tenía esa manía de morder el bolígrafo durante las clases. Es extraño, porque la forma que tiene ahora me sugiere una nueva utilidad. Al igual que el carnicero despedaza al pollo por presas, tal vez conmigo este bolígrafo funcione igual. ¿Así terminaría todo?, ¿solo yo y tan solo yo, ensangrentado en una esquina de este cuarto?

La puerta hizo un chirrido. Tiré lejos el bolígrafo. Creo que todas las hermanas esperan que al entrar al cuarto de su hermano haya un montón de chicos fumando mientras juegan videojuegos.

Mi hermana mayor evitó que me convirtiera en una regadera. En ningún momento me imaginé que mi hermana sería quien me despediría de la vida. Entró por esa puerta y comenzó a lanzar palabras al aire que yo veía como burbujas saliendo de su boca. Estas iban volando hasta que chocaban con superficies, reventaban y dejaban de existir.

Empezó negando lo que había ocurrido, entró en pánico. Luego comenzó a gritar. Me puso los pelos de punta. Daba punzadas al aire en dirección hacia mis manos, porque fui yo quien la puso en apuros. Dije sí con la cabeza y acepté la culpa. Después me adelantó lo que iba a pasar después: íbamos a mudarnos a otra ciudad. Y para concluir, ella terminó en la otra esquina del cuarto. Lloró unos minutos. Se levantó y se puso a mi lado. No sé si intentaba hacerme cosquillas, pellizcarme o acariciarme, pero me demostró que solo tenía la intención de abrazarme. Me miró y subió su mano para que la pudiera ver. Desplegó su dedo juzgador e hizo un giro de ciento ochenta grados. El dedo la juzgaba a ella, recayendo así en su espalda lo complicado que es tener a un hermano a prueba de nuevos comienzos.

—¿Te vas a detener algún día? —preguntó mi hermana con aparente seriedad y resignación.

—... —Hice una pausa larga, como buscando la respuesta en algún rincón de mi mente.

—Esto es culpa mía. No estuve a tu lado como debía y... Lo lamento, no supe cómo ayudarte.

—Hay alguien que la necesita ahora mismo —dije con voz apagada.

—¿Quién? —preguntó intentándome levantar.

—Es Vanesa, hay que ir a buscarla, se ha perdido. —Mi cuerpo se volvió una masa moldeable.

—¿A dónde? —Mi hermana hizo fuerza para poder, aunque fuera, arrastrarme hacia la puerta—. Víctor, escucha, quiero que me respondas algo, ¿sabes dónde estás ahora?

—En mi cuarto, ¿no?

—Nunca te ha gustado el *rock* —dijo mi hermana apuntando a los pósteres pegados en las paredes—. Tampoco eres alguien que use sujetadores o vestidos. Esa no es tu ropa, esas no son tus fotos, esos cuadernos no tienen tu letra. Necesito que me respondas, ¿dónde estás?

—Son las tres y cuarto de la tarde.

—No, Víctor, son las cuatro de la madrugada. Abre las persianas.

—No quiero hacerlo...

—Vanesa está afuera —dijo como si sus palabras fueran un puente entre la realidad y mi confusión. Escuchar eso me animó y fui tambaleante hacia la ventana—. Este cielo no es el mismo que el del once de diciembre de 2018. Víctor, Vanesa ya... Se ha ido.

Ni siquiera sentí los pasos que di para bajar las escaleras. Fue como haberme tirado directamente hasta la puerta de entrada de la casa. Los padres de Vanesa estaban en *shock*.

Escuché la explicación que les dio mi hermana: «de está costando superar su muerte, por favor, que esto quede entre nosotros».

Mi hermana me dijo que esperara en el auto. Para entonces, yo ya había perdido la noción del lugar en el que me encontraba.

DESPUÉS DE LA LLUVIA

Daniela Muir regresó a casa. Le dio un toque a la puerta. Nadie salió. Quiso dar uno más, pero le temblaban tanto las manos que lo terminó haciendo con la frente y, esa vez, su mamá le abrió. No dudó en poner la cabeza de su hija sobre su hombro. La abrazó y quién sabe todo lo que le dijo. En ese momento, la recepción de Daniela se difuminó y lo único que pudo hacer fue comenzar a llorar.

Extrañamente, sintió la necesidad urgente de ir al baño. Rebasó a su padre, que se acercaba por el pasillo, y fue directamente al inodoro. Con los ojos medio abiertos, juró haber visto la palabra «continuación» formada con los pedazos de comida que expulsó desde su interior.

Salió del baño para enfrentarse a una realidad piadosa, y así fue. Brusco se arrodilló y extendió los brazos esperando a que ella cayera en sus brazos como una niña pequeña, como un ángel. Daniela no lo hizo, tenía dieciséis.

Puso su mochila en el suelo para sacar algo que sus padres no alcanzaron a ver. Lo puso a sus espaldas. Luego se acercó a Brusco, quien la miraba con ilusión, como si estuviese reviviendo el momento de su nacimiento.

Presa y depredador estaban cara a cara. Daniela movía su brazo con lentitud, hasta que justo antes de dar a conocer lo que ocultaba, cerró sus ojos y cayó de rodillas. Sintió que la cobijó una piel suave, seguida de besos rápidos que estaban coordinados con arrepentimientos y promesas que salían de la boca de Brusco.

A Daniela Muir la reconstruyeron esa noche con pegamento. Pieza a pieza, sus porcelanas iban acoplándose hasta revivirla.

—Hola, Víctor... Este será un mensaje muy denso, así que tómate un tiempo para leerlo. Por favor, no me tomes como una loca, ¿sí? Bueno... Solo léeme. Anoche estuve a punto de matar a mi padre. Te lo cuento sin ningún escrúpulo porque creo que era el final que él merecía y la continuación que mi madre y yo necesitábamos. Lo sé, a este punto debes estar muy impactado... Pero aún queda algo que fragmentará la percepción de todo lo que has creído posible.

Cuando me desperté esta mañana, lo primero que hice fue pegarme a su puerta para asegurarme de que seguía con los ojos cerrados. No escuché ningún ruido, por lo que pude llegar hasta su armario en puntillas. Había tres cuerpos, Víctor, tres cuerpos cubiertos con una tela que se tenía que abrir jalando un cierre. Estaban colgados como si fuesen abrigos, eran tres copias exactas de mi padre.

Eso no es todo, había una nota colada en la superficie al fondo del armario que decía: «Si uno te falla, despierta a otro sacándolo de la oscuridad. Haré todo para mejorar tu vida, Daniela Muir, solo pídemelo. Atentamente: El escritor». Es una locura... Te necesito cuanto antes, Víctor.

—Acabas de traer luz a mi vida, Daniela, ¡tardabas un poco más y te juro que me tiraba por la ventana! Pensé que estaba enloqueciendo, pero ya veo que no.

Mi hermana tuvo una caída súbita que la dejó inconsciente cuando vio a Vanesa sentada a mi lado. A diferencia de tu padre, Vanesa simplemente entró por la puerta de mi casa cuando mi hermana se duchaba y yo desayunaba. Se me heló el cuerpo al tener a aquella persona que conocía de toda la vida pero que, sin embargo, empezaba a desconocer. Era ella... Como si nunca se hubiese ido.

La misma nota que encontraste estaba pegada en la espalda de Vanesa. Ella no lo había notado hasta que se lo dije. Ella me la entregó y no le importó.

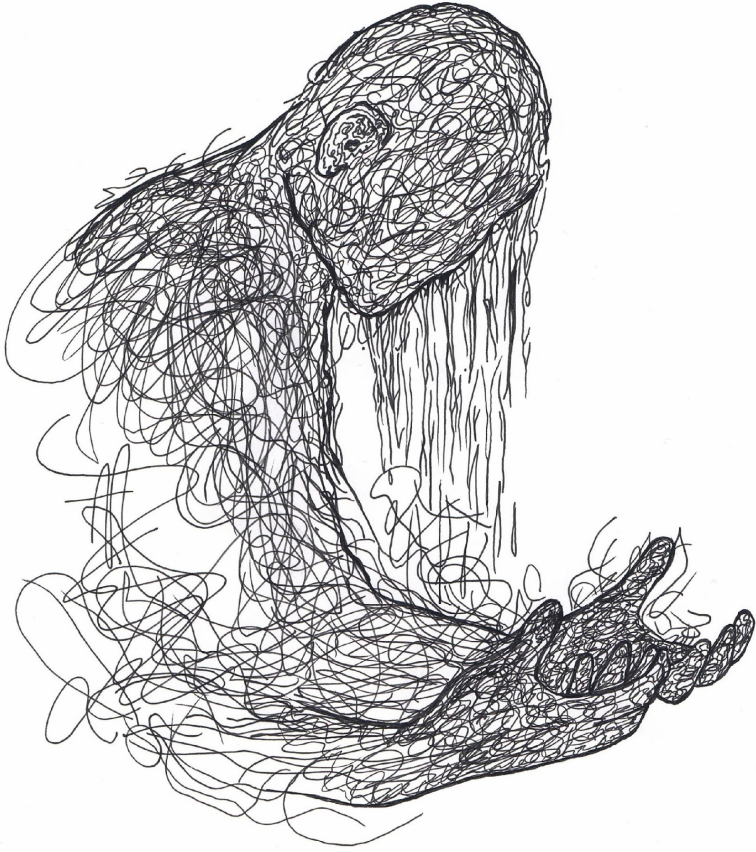
Daniela, ¿quién ha podido hacernos esto? Necesitamos respuestas. Esto es algo que no se puede hablar por chat, avísame a qué hora nos vemos.

Hambre de piel

MANUEL ALBALADEJO VEGARA

Aquella noche, cuando salía del club, el Sr. Kirchner comprendió que se había vuelto a pasar de la cuenta. Seguramente, la combinación de botella y media de *bourbon* junto a unos cuantos tiros de coca, habían tenido la culpa. Como cada viernes a la una en punto de la madrugada, la noche del Sr. Kirchner seguía su curso con naturalidad. Saldría del club, avanzaría hasta el primer cruce y, antes de llegar a la parada del 132, mantendría una conversación con alguna de las pobres chicas que intercambiaban favores a cambio de lo que fuera que las librara del síndrome de abstinencia; en las mejores ocasiones, algo de heroína de primerísima calidad. De vez en cuando, frecuentaban el club un par de policías que sabían dónde encontrar, pero habitualmente, se conformaban con los restos de coca barata y algo adulterada que, a los clientes como Kirchner, les sobraba.

Al llegar al apartamento, cómo no, acompañado, el Sr. Kirchner se detuvo un momento para buscar las llaves. Se paró frente a la puerta, palpó con seguridad los bolsillos delanteros de su pantalón y no encontró nada. Acto seguido, probó suerte en los bolsillos de la parte trasera, pero las llaves seguían sin aparecer. Tras unos segundos de reflexión, el Sr. Kirchner se topó con las llaves de su piso en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, algo fuera de lo normal, pues siempre solía guardarlas en el derecho. Abrió la puerta y ambos pasaron directamente a la habitación. Después de un par de minutos de pasión y apurando los restos de ginebra de una botella, el Sr. Kirchner sacó del cajón de su mesita de noche un paquete de caramelos mentolados, una cajetilla de tabaco y un viejo mechero Zippo que había heredado de su padre o, al menos, eso le gustaba creer. Poco se sabía acerca de la vida privada del Sr. Kirchner y mucho menos de algún familiar conocido, pero los que lo llegaron a conocer podrían afirmar sin pensarlo dos veces y aunque les fuera la vida en ello que jamás vieron al padre del Sr. Kirchner fumar ni una sola vez.



A continuación, se llevó un par de caramelos a la boca mientras prendía un cigarrillo. El Sr. Kirchner no era amante de los cigarrillos mentolados. Detestaba su sabor y en más de una ocasión le habían provocado unas terribles náuseas, sin embargo, si le ofrecían uno, no dudaba ni un segundo en aceptarlo. Así, entre caramelos, cigarrillos y sexo, pasaba las noches el Sr. Kirchner, hasta que el agotamiento y el elevado estado de embriaguez le mecían suavemente entre los brazos de Morfeo.

Como cada mañana, el despertador sonaba a las ocho y treinta y cinco. El Sr. Kirchner se volteaba y contemplaba cómo el angelical cuerpecito de una joven a la que no conocía yacía a su lado, tirado en la cama, desnudo, indefenso y dejando mostrar las marcas en sus delicados brazos que su vicio revelaba. El Sr. Kirchner se levantaba y, desperezándose, entraba a la cocina, agarraba su pequeña cafetera italiana de hojalata, preparaba el café y lo dejaba sobre la encimera junto a un cigarrillo y un par de grageas de caramelos mentolados. Después, volvía al dormitorio, abría el armario, agarraba su ropa y entraba al cuarto de baño para proceder a su matutina ducha de agua templada, ni muy fría ni muy caliente; agua templada.

Aquella mañana, la rutina del Sr. Kirchner transcurría como cualquier otro día, cuando, al salir de la ducha y plantarse frente al espejo para cepillarse los dientes, se percató de algo extraño. El espejo se había empañado, algo que en sus innumerables duchas de agua templada (insisto, ni demasiado fría ni demasiado caliente) nunca había ocurrido con anterioridad. Sin darle más importancia, el Sr. Kirchner continuó lavándose los dientes. Agarró el cepillo, colocó una cantidad lo suficientemente generosa de dentífrico como para aguantar todo el día con un buen aliento y, primero, cepilló treinta y tres veces cada lado por arriba y, luego, exactamente la misma cantidad de veces por abajo. Agachó la cabeza para enjuagarse, la levantó, usó su mano para limpiar el vaho del cristal en el espejo y, al hacerlo, no pudo creer la imagen que vio de su rostro. Donde antes había unos grandes y pardos ojos, no había nada; donde antes se hallaba una pronunciada nariz aguileña, no había nada; y donde antes lucían unos gruesos y carnosos labios, tampoco había nada. Una inmensa y desocupada

superficie de piel cubría su desdibujada cara. «¿Cómo voy a fumarme el cigarrillo del café ahora?», pensó el Sr. Kirchner mientras repeinaba el poco pelo que aún cubría su sosa cabeza.

Tras vestirse, el Sr. Kirchner salió del cuarto de baño y entró apresurado a la habitación donde dormía la joven. «¡Despierta, despierta!», le gritó. Al despertarse, la muchacha soltó un estridente grito agudo y exclamó: «¡No puede ser, me he quedado dormida! Mis padres me van a matar». Salió de un salto de la cama, se vistió como pudo y abandonó el apartamento a toda prisa, no sin antes despedirse del Sr. Kirchner con un cálido beso en la mejilla como agradecimiento.

La reacción de la chiquilla sorprendió al Sr. Kirchner. Había salido corriendo, despavorida, de su casa, sí, pero no por su rostro (o, mejor dicho, por la ausencia de él). Acto seguido, el Sr. Kirchner volvió al cuarto de baño convencido de que al mirarse al espejo todo estaría en su sitio y que no había sido más que una horrible y efímera pesadilla. Se plantó frente a la puerta, dirigió lentamente su mano hacia el pomo y lo giró delicadamente. Avanzó hacia el espejo, contempló su reflejo y... Absolutamente nada, seguía sin tener cara. Por el conducto de la ventilación, podía filtrarse el sonido del salón de algún vecino. Sonaba una canción de Pino D'Angiò.

El arte del silencio

LUCÍA CABRAS LEÓN

Cuando era pequeño, aborrecía el ruido. No saber a qué prestar atención y a qué no, no poder discernir ni siquiera mis propios pensamientos del ajetreo de mi alrededor... Tantos estímulos que, al final, no lograba entender ninguno.

Sigo así y siento que nada podrá hacer que cambie nunca. Por eso, uno de los momentos que peor llevo es el de salir de casa por la mañana al trabajo. No solo porque tengo que madrugar, aunque creo que eso también influye. Es ese momento en el que tengo que enfrentarme a los niños corriendo para llegar a tiempo a clase, al tráfico y, por supuesto, a los pitidos de los coches que suenan con frecuencia.

No me gusta el ruido. A veces desearía que todo se quedara en completo silencio.

Me detengo en la parada de autobús, como cada día, y espero su llegada. Miro el reloj, impaciente. Le deben quedar un par de minutos como máximo. Así que empiezo a hacer una lista mental de todo lo que me deparará el día de hoy. Una reunión de trabajo, enviar algunos correos y comprar el pan de molde que me ha pedido mi mujer justo al salir de casa... Diría que eso es todo. No es un día muy distinto a los demás.

El autobús llega a la hora exacta, algo que no es tan habitual, pero me alegro. Así terminará antes este pequeño rato de sufrimiento. Podré sentarme en el último asiento y, simplemente, divagar en silencio hasta llegar a mi destino.

Frunzo el ceño mientras paso mi tarjeta por el sensor. Me sorprende ver que no hay absolutamente nadie adentro. Tampoco sube ninguna de las personas que esperaban en la parada junto a mí. ¿Qué posibilidades habría de encontrarse un bus vacío en pleno centro de Madrid?

Me fijo en lo gris que está el día y en cómo las nubes amenazan con empapar cada una de las calles por las que paso. El

ambiente se siente frío. Tan frío que parece que todo está congelado. O suspendido.

Agarro mi maletín cuando el autobús se detiene en mi parada y me bajo.

En la oficina, todo parece igual de apagado. Apenas hay gente alrededor, al menos, que yo pueda percibir. No encuentro al grupito que siempre está marujeando a voz en grito o discutiendo sobre por qué sí o por qué no el presidente debería seguir en el gobierno. Pero no me quejo de que hoy no estén, la verdad. A veces, la gente habla demasiado. Así que aprecio este silencio tan inusual.

Al llegar a mi oficina, me siento en mi escritorio y giro la cabeza ante la sensación de que alguien se acerca. Será Javi, mi compañero de trabajo, que se sienta a mi lado. Sin embargo, no es Javi. Ese no puede ser Javi. Es... Sencillamente imposible. Su cara está como siempre, pero sus labios, en lugar de mostrar una sonrisa, son un trozo de hilo negro que cose sus comisuras por completo, de manera que están pegadas entre sí.

¿Qué es esto? ¿Acaso estoy teniendo una alucinación? ¿Acaso de tanto decir que odio el ruido ahora mi amigo no puede hablar? Tengo dos opciones: o mi cabeza está perdiendo su cordura, o Javi me está gastando una broma muy macabra. Me froto los ojos para asegurarme de que es real.

Javi, que sigue ahí parado, me saluda zarandeando la mano. ¿Él no ve lo que veo yo? ¿Y si yo estoy igual y no lo sé? Me llevo las manos a la boca y, para mi tranquilidad, está como siempre, sigue normal. Me empieza a subir un extraño hormigueo por la garganta. La tripa se me revuelve. La vista se desenfoca a mi alrededor. ¿Por qué Javi tiene grapados los labios pero me está saludando de forma habitual?

Corro al baño. Siento que en cualquier momento me echaré a vomitar. Intento respirar con fuerza y andar a zancadas grandes para llegar cuanto antes. Cuando llego allí, vomito. Me lavo la cara. Levanto la vista y me encuentro con mi mirada asustada en el espejo. Me asusto aún más. A cada lado tengo a otras dos compañeras de trabajo, Isa y Nerea. Las dos me miran fijamente,

como si yo tuviera algo extraño en mí. Ellas llevan los labios grapados. ¡Los labios grapados! ¿Y me miran raro a mí?

Salgo del baño aún más rápido de lo que entré, si eso es posible. En mi cabeza se repite todo el tiempo la misma pregunta: «¿qué demonios?». Como si fuera a saber la respuesta. Decido que si estoy loco, al menos intentaré alejarme lo máximo posible de mis alucinaciones mientras me acostumbro. Así que busco de nuevo mi despacho, me siento y me pongo manos a la obra a responder todo lo que tengo pendiente. Me prometo a mí mismo que no voy a desviar la mirada ni un segundo del ordenador. Tampoco iré a la reunión. Ni siquiera se darán cuenta. Aquí solo soy un peón.

Cuando dan las cuatro en punto, salgo disparado del edificio. Ni siquiera he comido, pero qué más da. He visto a todos mis compañeros con la boca cosida, así que en mi mente no hay espacio para el hambre. De hecho, mi estómago sigue algo revuelto.

Ahora mismo solo quiero volver a casa, a mi pequeño refugio. Volver con mi pareja y sentirme seguro. Saber que ha sido solo un día malo... ¿Los días malos significan que pueda ver a mis compañeros sin boca?

Voy hacia el supermercado antes de ir a la parada de autobús. Tengo que comprar pan de molde.

De camino, mis ojos se posan en un cartel publicitario: «El arte del silencio». Suelto una risa con ironía y no me preocupa hacer excesivo ruido. ¿Qué más dará? Al fin y al cabo, no suena absolutamente nada más que mi risa.

El silencio ahora me asfixia. Me rodea como si fuese un enorme monstruo que me persigue, intentando alejarme de todo. Quiero escuchar de nuevo a la gente hablar. Ahora, imaginarme a los niños corriendo al colegio para no llegar tarde no suena tan mal. Ni el tráfico que hay cada mañana, que me haría sentir menos solo. Incluso agradecería que algún claxon, en este mismo momento, me hiciera regresar a la realidad de cada día y sentirme a salvo.

Camino rápido por los pasillos de la tienda, porque me sé de memoria el sitio donde está el pan. Aprecio cómo suena una fina melodía a piano. No es la típica canción que escogería alguien para



poner en su tienda y a atraer a todos los clientes. Quizás es por el día tan terrible que llevo, pero diría que es algo tétrica. Cojo el pan y voy a la caja. Para mi sorpresa, la dependienta tiene los labios igual. No sé si me he acostumbrado o es que ya me he rendido, pero ya no me permito preocuparme. Vale, sí, lleva los labios cosidos, pero, ¿qué puedo hacer yo? Veo cómo se queda pasmada mirándome, sin decir nada. Ni siquiera el precio del pan. Su mirada me produce escalofríos. Le entrego el primer billete que encuentro y espero a que me dé mi vuelta. Le doy las gracias a la mujer, aunque sé que no me responderá.

En casa, la sensación es mucho más agradable. Ya no hace tanto frío y el silencio no se escapa de lo habitual. Normalmente, llego yo antes a casa. Me quito los zapatos y me adentro en el salón.

Me parece percibir cierto aroma u olor a comida recién hecha y eso me choca.

—¿Carla? —pregunto. Quizás ha salido antes de su trabajo. Pero nadie me responde.

De pronto, empiezo a escuchar algo. Una pequeña melodía. Unas notas de piano que en su conjunto suenan algo tétricas. Me quedo quieto. Es la misma música que sonaba en el supermercado.

Estoy a punto de abrir la puerta de la cocina, de donde proceden la música y el aroma, cuando veo la manilla moverse desde dentro. La puerta se abre.

Sale mi mujer. ¡Mi adorada mujer! Sus labios cosidos con un fino hilo negro. En las manos lleva una bandeja recién sacada del horno. En ella hay una tira endeble de hilo y una aguja. «Tu turno», pone en un papel con los bordes quemados.

Me quedo atónito observando a Carla.

No soy capaz de distinguir si está sonriendo.

Muñeca de plastilina

ALBA DÍAZ-CANEJA LÓPEZ

Como cualquier otro jueves, Paula dormía en su habitación, repasando en sueños lo que había vivido en los últimos días. Eran exactamente las 04:01 de la mañana. Paula se despertó. Raro. Era enero, por lo que aún no se colaba ningún rayo de sol por las venecianas de su ventana. Aun así, las luces de la calle sí que contaminaban la noche lo suficiente como para apreciar los planos del mobiliario del cuarto. Paula se sentó en el borde de la cama, miró al frente de forma subconsciente mientras con los pies buscaba sus zapatillas; frente a ella estaba la ventana, bajo esta, su mesa de trabajo, decorada con apuntes de la universidad, cartas de amor que nunca mandaría y alguna que otra foto de su familia y amigos.

Cuando por fin metió los pies en los zapatos, se levantó. Se sentía pesada, pero no era de extrañar en ella, siempre se sentía así, sobre todo aquella semana, en la que siempre se iba a dormir llorando y se despertaba como si fuese una esponja mojada. Se frotó la cara con las manos para quitarse el sueño y las legañas. Aún con los ojos entrecerrados y la vista borrosa, encendió la luz sobre el lavabo, molesta, por un momento, pero se acostumbró y se miró al espejo. Frente a ella, copiando su reflejo, había una mujer desfigurada, con la boca torcida, el ojo izquierdo más arriba que el derecho y la nariz formando una curva como una «c». Parpadeó un par de veces pensando que el sueño aún la perseguía. La mujer del espejo parpadeó a la vez. Paula extendió la mano hacia el cristal, comprobando que la mujer del espejo era su reflejo. Acercó entonces su mano a la cara y se tocó la nariz, perfiló el puente curvado con el dedo, palpó ambos ojos para calcular la diferencia y se rozó la comisura de los labios para corroborar la torcedura. Ella era a quien veía en el espejo, una mujer fea. Se apretó las mejillas con rabia y sus dedos se hundieron en la carne. Paula los apartó, pero la marca no se iba. Cuatro hoyos en cada una de sus mejillas contorneaban sus pómulos. Intentando arreglar

aquel despropósito, se masajeó los mofletes con urgencia. Las marcas, entonces, desaparecieron. Miró su nariz, aún curvada, y la agarró, la giró con facilidad hasta dejarla recta, presionó sobre su ojo izquierdo hacia abajo hasta colocarlo a la altura del derecho y, por último, empujó ambos lados de su boca para que volviese a estar recta.

Se miró al espejo y se enfadó otra vez. Ahora no era una mujer desfigurada e irreconocible, era Paula.

Volvió a sentir rabia y clavó sus uñas en su brazo derecho, solía hacerlo y más de una vez se había dejado la marca. Pero aquella madrugada, Paula notó cómo se hundían más de lo normal. Se miró el antebrazo y vio sus dedos enterrados hasta la primera falange. Siguió aplicando fuerza, hasta que el dedo corazón y el pulgar se encontraron. Apartó la mano y vio cuatro agujeros en su antebrazo, recorriéndolo de un extremo a otro. Miró a través de ellos y volvió a encontrarse con su reflejo. Esta vez se tocó las clavículas, infligiendo presión hacia dentro. Volvió a conseguir aquellas marcas.

Paula comprendió que aquella noche se había despertado en otro estado. Ya no era sólida, ahora tenía la consistencia de una masa moldeable, como la de la plastilina.

Comenzó a explorarse para comprobar esta teoría. Se apretó los brazos y los hizo más delgados, tiró de sus rodillas y alargó sus piernas, apretó su estómago y lo aplanó, estiró sus orejas, separó sus ojos, respingó su nariz y redondeó sus pechos. Se miró en el espejo. Otra persona la miraba de vuelta y eso le gustó. Giró la vista hacia la ventana y se fijó en la mesa bajo esta, con los apuntes, las cartas y las fotos. Se abalanzó hacia los marcos y los tiró. Esparció los apuntes fuera de la mesa y estrujó las cartas. Recordando lo escrito en ellas, Paula se llevó la mano al pecho, clavó los dedos como había hecho con el antebrazo, acercó la otra mano y también la enterró. Cuando sintió sus dedos totalmente sepultados, tiró hacia ambos lados. Rasgó su torso desde las clavículas hasta el ombligo, metió su mano y rebuscó en su pecho, notó las costillas, la tráquea, el estómago, los pulmones y, por fin, el corazón; lo rodeó con sus dedos y lo notó latir. Paula sintió asco, tiró de su mano sin importarle qué se llevaba por delante. El



corazón cayó sobre las cartas, manchando toda la mesa. Paula lo envolvió con todas las cartas y lo tiró a la basura. Lo escuchó latir un par de veces más y, cuando se aseguró de que ya no bombeaba, sonrió.

Se cerró el pecho apretando hacia dentro. Se volvió a mirar una vez más en el espejo, apagó la luz del lavabo y, con una sonrisa, se metió en la cama. Esa noche durmió más tranquila.

Biografías de autores/as



ALBA LAHUERTA GONZÁLEZ

Nacida el 11 de noviembre de 2003 en Madrid, es estudiante de segundo curso de comunicación audiovisual. Apasionada por el cine, la narrativa y el poder de la imagen, Alba está en búsqueda de nuevas formas de contar historias que conecten y emocionen. En su formación, combina el análisis teórico de los medios con la práctica audiovisual, explorando cómo los elementos visuales y literarios se entrelazan para dar forma a mundos y personajes.



PAOLO DENIS GARCÍA

Tiene diecinueve años y es de la sierra de Madrid. Le gustan los deportes, el cine y los videojuegos. Estudia el grado en comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid. Al acabar el grado, le gustaría trabajar de fotógrafo, a ser posible, de fotógrafo deportivo.



SARA MARTÍN YUGUEROS

Nació el 19 de febrero de 2005 en Madrid y ha vivido toda su vida en un pueblo de la sierra madrileña. Allí realizó sus estudios de colegio, instituto y bachillerato, antes de moverse a la capital para continuar su formación. Actualmente cursa la carrera de comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid.



SVETKOVA

*Dentro de mí hay veinticuatro vidas reales,
además de sueños y cosas banales.*



EMMA LÓPEZ HERRERO

Nació el 25 de julio de 2005 en Petrer, Alicante. Siempre ha mostrado un gran interés por las artes, desde el baile, practicándolo desde los cuatro años, o las artes plásticas, estudiando un bachillerato artístico, hasta las artes visuales, decantándose finalmente por estudiar estas. Actualmente, estudia comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid. Sueña con que, en un futuro, pueda dedicarse al mundo del arte audiovisual.



SAMUEL ARGUEDAS

Nació el 17 de enero de 2005 en Madrid, ciudad en la que ha estado viviendo hasta la actualidad. Criado y educado en el barrio de Vallecas, Samuel guarda buenos recuerdos de su paso por el colegio Palomeras Bajas y el instituto Madrid Sur. En bachillerato estudió ciencias puras, aunque más tarde decidió matricularse en comunicación audiovisual siguiendo su afición por el mundo del cine. A lo largo de su adolescencia, tuvo variedad de *hobbies*, en los que buscaba una vía de expresión artística adecuada para él, búsqueda aún latente en su vida como joven estudiante. Para Samuel, su mayor orgullo es ser cada vez más consciente y agradecido de su dicha al contar con una familia y unas relaciones cercanas que le cuidan y le quieren.



NICOLÁS FERNÁNDEZ

Nació el 17 de octubre de 2005 en Madrid, y aunque no se sepa del todo bien las provincias de España, sí que intenta esforzarse por aprender sobre narrativa. Si le preguntas, te diría que, sobre todo, le gustan los videojuegos y el cine, pero que, cuando le apetece, intenta aprender cosas distintas. Estudia comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid y su psicólogo es un amigo del instituto.



LUIS DANIEL BORREGO LÓPEZ

Es un joven de diecinueve años nacido en España e hijo de unos padres recién llegados a este país, dejando su vida atrás en Venezuela. Creció en Numancia de la Sagra, un pequeño pueblo de Toledo. Su sueño y objetivo en la vida es trabajar en el cine.



LUCÍA CRUZ DA-CUNHA

Lucía tiene veinte años y estudia comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid. Vive en la Sierra de Madrid, donde la naturaleza inspira gran parte de su creatividad. Tras un año sabático de reflexión, decidió tomar un nuevo rumbo y descubrir su verdadera vocación. Fue en este tiempo que se sumergió en la poesía, lo que la llevó a escribir su primer libro, *Catarsis*, que pronto verá la luz. Aunque su pasión por las palabras es innegable, Lucía también se interesa por el neuromarketing, un campo donde planea combinar su formación en comunicación con su fascinación por el comportamiento humano y las emociones.



MAR GARCÍA LÓPEZ

Nació en Cartagena en 2001. Su amor por la lectura empezó cuando le regalaron el primer libro de la colección de Tea Stilton y, desde ese momento, le empezó a robar libros a su hermano para descubrir muchas más historias. Con el tiempo se volcó a leer los géneros de romance y fantasía, que a día de hoy son sus favoritos. Es estudiante de comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid, pero antes de eso se especializó en caracterización y maquillaje profesional en el instituto Ramón y Cajal de Murcia. Actualmente es colaboradora en el programa *Uno, Dois, Troika* en Inforadio, con una sección centrada en literatura.



GLEIMAR DI EMIDIO

Nació el 29 de marzo de 1994 en Caracas, Venezuela. Actualmente reside en Madrid, España, y es estudiante de segundo año de comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid. Como futura productora audiovisual, perfeccionista, detallista y creativa, es amante de la escritura, el cine, el teatro, la música y cualquier forma de expresión artística en la que se puedan plasmar sensaciones o pensamientos, por lo que dedica sus ratos de hobbies a leer un buen libro, conocer lugares nuevos, conectar con la música, meditar, entre otras actividades. «Si vas a tu ritmo nunca irás tarde» como lema de vida.



ÉRIKA RUIZ ESPINO

Nacida el 11 de marzo de 2005 en Gran Canaria, combina su carrera como deportista de alto rendimiento con su vida académica en Madrid. Enamorada del amor y de su expresión en todo tipo de artes, busca la inspiración para crear en la cotidianidad de la vida y en la experiencia de vivir cada emoción y sentimiento al máximo. Arraigada a su cultura, el mar, el sol y su tierra conforman gran parte de su personalidad cercana y sensible, a la que llenan los pequeños momentos con su familia y amigos. Sin tener muy claras sus aspiraciones, avanza en el estudio de la comunicación audiovisual con expectativas de aprender y progresar.



LEANDRO REJAS

Sergio Leandro Rejas Mostajo nació en el 2004 en la ciudad de La Paz, Bolivia. Actualmente estudia comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid.

Su pasión por la escritura comenzó hace cuatro años gracias a que su profesora de literatura le asignó la tarea de escribir un relato. En el 2024 ha escrito un libro titulado *Cómo salvar una vida*. Piensa continuar su carrera como escritor y publicar todas las obras que pueda, aprendiendo de sus errores y aportando nuevas perspectivas al mundo literario.



MANUEL ABALADEJO VEGARA

Nacido en Orihuela, *su pueblo y el mío*, el 10 de diciembre de 2005, manifestó un pronto interés por la literatura y el cine. Tras haber cultivado la narrativa, el teatro y la poesía en diferentes concursos y espacios a lo largo de su etapa formativa, se lanza por primera vez a la publicación de una de sus obras en esta antología. Lector empedernido de Miguel Hernández, devoto de Stephen King y fanático incondicional del absurdo de Mihura, el autor les invita con agrado, que no menoscabo, a rechazar, injuriar y olvidar su obra.



LUCÍA CABRAS LEÓN

Tiene diecinueve años y estudia comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid. Siempre ha sentido una pasión especial por el arte y la creación, desarrollando un amor por la escritura, el cine y la música desde que era joven. Además de la carrera universitaria, lleva paralelamente una carrera musical, en la que cuenta con un *single* autopublicado. Continúa su formación en producción musical, canto y composición, simultáneamente con varios proyectos narrativos personales que sueña con publicar pronto.



ALBA DÍAZ-CANEJA LÓPEZ

Natural de Ferrol (2005), es amante del arte desde que tiene conciencia. Desde temprana edad, se ha dedicado a formarse en las diferentes expresiones creativas, desde la pintura hasta la escritura, pasando por la música o el cine, entre otros. Estudia comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid y, en su tiempo libre, se dedica a expandir este amor por el arte, haciendo música, pintando, produciendo videos y, por supuesto, escribiendo relatos.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 16 DE ENERO DE 2025,
CUATROCIENTOS VEINTE AÑOS DESPUÉS
DE QUE *EL INGENIOSO HIDALGO*
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
SALIERA DE LAS PRENSAS DE
JUAN DE LA CUESTA EN LA
MADRILEÑA CALLE DE
ATOCHA.

Este libro es un álbum de historias independientes que se conectan por la necesidad conjunta de contar lo que no podemos ver todos por igual, sino que creamos en nuestra mente. Un velo translúcido que separa la realidad de lo que estos inexpertos pero apasionados autores quieren reflejar como un desahogo de sus sueños o pesadillas profundas.



LABORATORIO TRANSMEDIA
NÚMERO 8 | 2025